

JORNADAS

4

GILBERTO LOYO

La presión demográfica

EL COLEGIO DE MEXICO
Centro de Estudios Sociales

SEMINARIO COLECTIVO SOBRE LA GUERRA

Segundo semestre de 1943

PROGRAMA

- 1ª sesión: Martes 3 de agosto, de las 18 a las 20 horas:
Presentación general de los problemas de la guerra: don José Medina Echavarría;
- 2ª sesión: Martes 17 de agosto, de las 18 a las 20 horas:
Los principios de la guerra, desde los puntos de vista táctico y estratégico, en relación con los progresos de la ciencia: General Tomás Sánchez Hernández;
- 3ª sesión: Martes, 31 de agosto, de las 18 a las 20 horas:
Causas políticas de la guerra:
a) *El equilibrio de poder:* don Manuel J. Sierra;
b) *La geopolítica:* don Jorge A. Vivó;
- 4ª sesión: Martes 7 de septiembre, de las 18 a las 20 horas:
Causas económicas de la guerra:
a) *La presión demográfica:* don Gilberto Loyo.
b) *La disponibilidad de materias primas:* don Manuel Chavarría;
- 5ª sesión: Martes 21 de septiembre, de las 18 a las 20 horas:
Las causas humanas de la guerra: don Antonio Caso;
- 6ª sesión: Martes 5 de octubre, de las 18 a las 20 horas:
Los efectos sociales de la guerra: don Vicente Herrero;
- 7ª sesión: Martes 19 de octubre, de las 18 a las 20 horas:
Los efectos económicos de la guerra: don Josué Sáenz;
- 8ª sesión: Martes 2 de noviembre, de las 18 a las 20 horas:
La prevención de la guerra (I): don Manuel Pedroso;
- 9ª sesión: Martes 16 de noviembre, de las 18 a las 20 horas:
La prevención de la guerra (II): don Manuel Pedroso;
- 10ª, 11ª y 12ª sesiones: Martes 30 de noviembre y 7 y 21 de diciembre, de las 18 a las 20 horas:
Características y consecuencias de la guerra actual.

EL SEMINARIO COLECTIVO SOBRE LA GUERRA

I

El Centro de Estudios Sociales ha elegido el tema de la guerra para iniciar sus cursos colectivos de seminario, por varias razones que parecen aconsejarlo así. En primer lugar, es difícil encontrar en estos momentos otro tema de estudio que interese por igual a todos los hombres reflexivos preocupados por el futuro. La experiencia contemporánea está mostrando, aun a los menos atentos, el carácter necesariamente universal, terriblemente destructivo y dolorosamente anacrónico del conflicto guerrero en el estado técnico y económico de nuestra civilización. Se sospecha que otro conflicto, como el presente podría acabar por completo con lo que todavía consideramos como los supuestos de una vida decente y civilizada, o retardar por muy largo tiempo la restauración de nuestras normas sociales. Por eso, el estudio de la guerra no es mera expresión de una curiosidad teórica, sino el fundamento previo y necesario de una acción inteligente y enérgica. Con respecto a la guerra, es preciso investigar las causas, analizar objetivamente los efectos, calcular los costos materiales y morales, para poder participar, a pesar de desilusiones y retrocesos, en la larga lucha que abrieron hace tiempo los mejores espíritus con el ánimo de desterrar por completo esta dolencia.

Por otra parte, en el orden teórico, el tema de la guerra manifiesta de manera aguda la complejísima naturaleza de todos los fenómenos sociales. La multiplicidad de sus causas y la variedad insospechada de sus consecuencias no permite quizá puntos de vista simplistas y unilaterales. En todo análisis relativamente profundo de la guerra, confluye, en definitiva, todo el saber acumulado de la ciencia social. Es, pues, el estudio de la guerra un caso típico entre los pro-

blemas que requieren la cooperación de especialistas y la investigación colectiva, necesidad cada vez más patente en tales extremos. Economistas, teóricos de la política, sociólogos, psicólogos, demógrafos y aun otros hombres de estudio fuera ya del círculo estricto de la ciencia social, todos pueden aportar conocimientos para la síntesis final. En la medida en que uno de los intereses científicos del Centro de Estudios Sociales es mantener y enseñar esta imprescindible visión de conjunto y la exigencia de coordinar los resultados en las disciplinas particulares, el análisis de este tema puede tener un valor ejemplar de iniciación pedagógica.

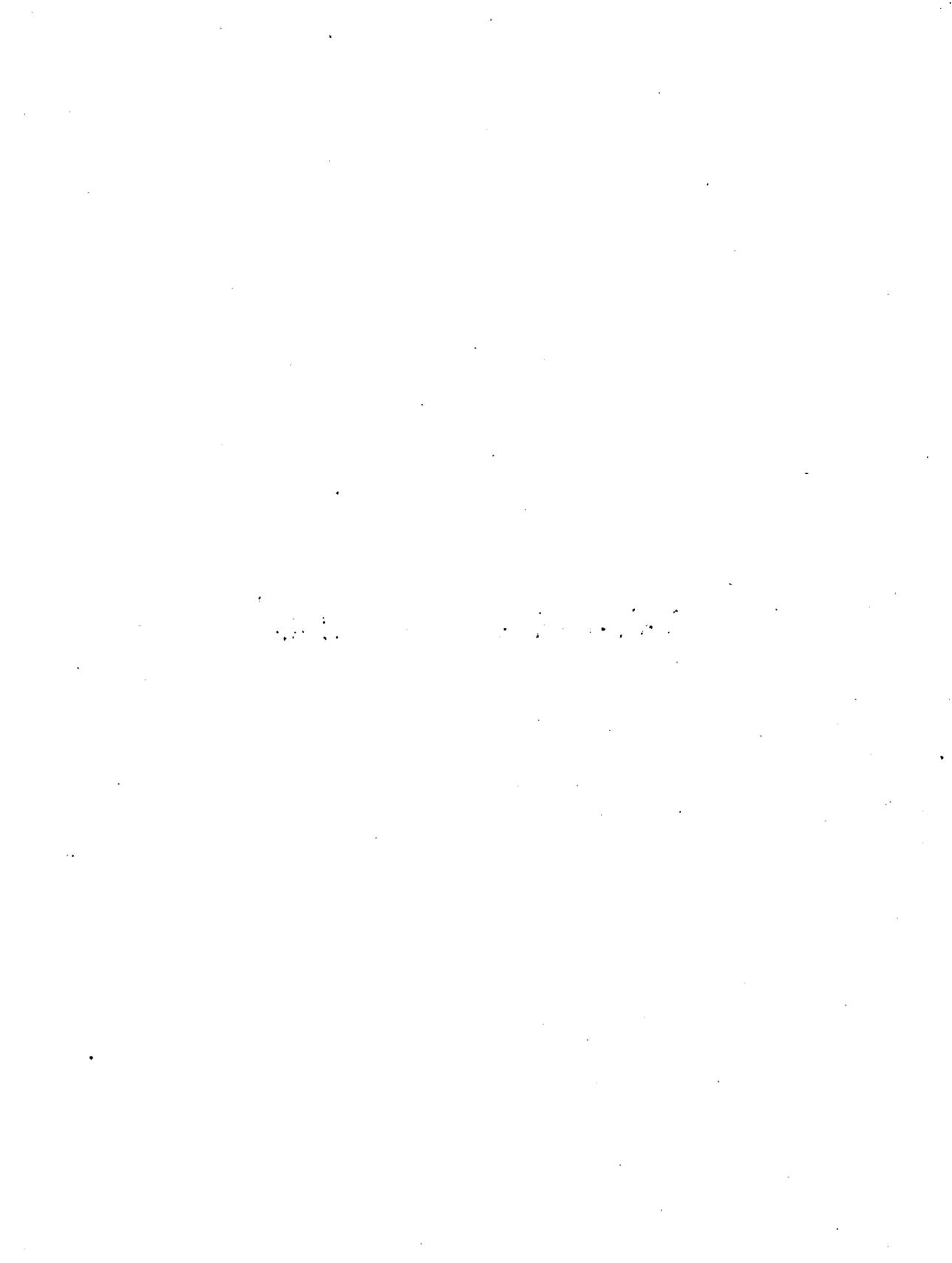
Por último, como las condiciones favorables y positivas de la guerra son las condiciones negativas de la paz, el estudio del fenómeno bélico en sus formas históricas y caracteres estructurales es el punto de partida indispensable de todo proyecto para la organización pacífica y estable del mundo. El Centro de Estudios Sociales espera, pues, que los conocimientos adquiridos en este seminario sean útiles para más tarde, cuando puedan organizarse otras reuniones e investigaciones colectivas sobre el tema de la paz y el papel que en su creación y mantenimiento corresponda a las naciones de América.

II

El número limitado de sesiones sólo permitirá examinar algunos aspectos salientes del tema propuesto. El programa no pretende, ni mucho menos, agotar la cuestión. Sus lagunas pueden ser colmadas, sin embargo, en el curso de discusiones sucesivas. Dicho programa consta de dos partes distintas. La primera comprende las nueve primeras sesiones y su propósito es examinar lo que sobre la guerra nos dice la ya abundante literatura respectiva. Se trata de una discusión teórica, que puede permitir llegar a las categorías e instrumentos analíticos indispensables. En esa discusión interesa, ante todo, destacar los factores y las consecuencias de la guerra y examinar lo que se ha hecho y propuesto para su prevención. En estas sesiones importa la presentación de todos los puntos de vista y su valoración científica. La segunda parte se compone de las tres últimas sesiones, que habrán de tener un carácter completamente diferente. Aquí se trata ya de dirigir la reflexión a la experiencia vivida de la guerra actual y a sus posibles

consecuencias futuras; sin excesivo aparato bibliográfico, se trata de estimular la imaginación y la inteligencia creadora, pues lo que en este caso conviene no es discutir lo sabido, sino su aplicación a las nuevas e ineludibles condiciones. Inútil añadir que en el cuestionario de esas discusiones finales se dará importancia preferente a los aspectos nacionales y americanos.

El seminario funcionará del modo siguiente: a) Habrá una ponencia general con el fin de permitir una discusión de conjunto y el examen de aspectos que no pueden tratarse en las sesiones especializadas; éstas se abrirán con sus respectivas ponencias, redactada cada una por un especialista, para precisar así rigurosamente el ámbito del problema y evitar pérdidas de tiempo; después vendrán las sesiones finales sobre la guerra actual y sus consecuencias, guiadas por un cuestionario previamente establecido. b) En las discusiones de este seminario participarán los alumnos y profesores del Centro de Estudios Sociales, los ponentes de los distintos temas y las persona de prestigio, preparación y competencia que sean particularmente invitadas. c) Las sesiones tendrán una duración de dos horas, una para la ponencia y otra para la discusión. Cuando la ponencia se haya presentado previamente por escrito o impresa, la discusión podrá extenderse a las dos horas. d) Para que la discusión sea ordenada y fecunda, las reuniones tendrán un presidente de debates que las encauce y resuma. e) El Centro de Estudios Sociales aspira a que puedan redactarse algunos trabajos escritos, como resultado de estas discusiones de seminario, trabajos que serán publicados y significarán una aportación del pensamiento mexicano al más grave problema que hoy tiene planteada la humanidad.



GILBERTO LOYO

LA PRESION DEMOGRAFICA

JORNADAS-4

El Colegio de México

Centro de Estudios Sociales

(4ª Sesión del Seminario Colectivo sobre la Guerra)

SUMARIO

1. Introducción
2. Situación demográfica de los países beligerantes europeos
3. Pérdidas demográficas en la primera guerra mundial
4. Consecuencias demográficas de la guerra
5. Planteamientos y soluciones de los problemas demográficos en vísperas de la guerra mundial
6. El óptimum de población y la presión demográfica
7. Conclusiones



1. Introducción

A principios de este siglo, los conceptos sociológicos referentes a la guerra eran, entre otros, los siguientes: En la vida social no sólo existe el proceso simpático del que resultan la imitación y la educación, sino también el proceso egoísta generador de la oposición y el conflicto, cuya forma principal es la concurrencia, la lucha por la vida que, agravada por la densidad de la población, produce la división del trabajo. Cuando esa oposición se realiza entre grupos sociales, se llama guerra, aunque no revista formas violentas.

La guerra es un conflicto entre grupos, no entre individuos, y, por lo tanto, implica forzosamente la existencia de un vínculo étnico o territorial, profesional o psíquico, esto es, un sentimiento o un interés solidario, que el grupo defiende o quiere hacer predominar sobre otro sentimiento o interés colectivo. Si en el lenguaje común, en el Derecho Internacional y en la Historia, la palabra guerra es inseparable de la violencia, en la Sociología debe tener una extensión mayor y comprender en todas sus formas los conflictos entre unidades sociales organizadas, que buscan o defienden un sentimiento o interés, no individual, sino colectivo. Como la apreciación de una colectividad es un proceso psíquico más complejo que la apreciación de un individuo, resulta que los antagonismos colectivos se complican con mayor número de perjuicios y errores que los antagonismos individuales. La guerra entre grupos, durante un gran período de su evolución, representa un proceso de integración que los organiza y diferencia. Pero llegados a cierto estado social en que la diferenciación de los grupos es tal que no es posible la asimilación de la conquista, la guerra pierde su utilidad como medio necesario de integración y organización. Por múltiples causas el industrialismo tiende a oponerse a la guerra. Aparte de la transformación industrial, todos los progresos intelectuales y morales reducen la violencia. Cuando las clases sociales prosperan y acumulan grandes intereses, la industria y el comercio adquieren

una forma internacional, que sufre graves perjuicios con la guerra. La transformación del tipo guerrero en industrial; que se ha realizado en los individuos y clases, también alcanzará a los Estados. Sólo una escuela sociológica no compartía estas opiniones sobre la evolución del tipo guerrero en industrial y sobre el carácter antibélico del industrialismo, y las guerras de fines del siglo pasado y las de este siglo nuestro le han dado la razón. Pero todas las escuelas sociológicas estaban fundamentalmente de acuerdo en que la guerra fué útil para el progreso de la especie, en el primer período de la civilización, porque creó los grandes organismos sociales que han servido de base y de resguardo a la expansión de las facultades individuales; pero ya conseguidos esos fines, la guerra constituye un mal como toda supervivencia. (Cornejo, *Sociología General*, t. I, pp. 489 ss.)

Frente a esta posición, algunos autores marxistas han hecho notar que en la naturaleza del capitalismo y en el reparto territorial del mundo se encuentran los gérmenes de la guerra.¹ Strachey considera que la guerra es el resultado inevitable de las relaciones económicas y sociales del mundo capitalista. "No se exagera al decir que, a menos que se conozcan las necesidades internas del capitalismo; a menos que se conozca que en el interior de cada economía capitalista existe una fuerza irresistible que la conduce hacia la expansión, no podrán explicarse los acontecimientos que se están desarrollando en el mundo entero."² Hace notar Strachey que los capitalistas ingleses, franceses;

¹ "Por brevedad digo el reparto territorial del mundo, pero de hecho la cuestión a debate es más amplia. La riqueza de Inglaterra se debe no sólo a las regiones que aparecen efectivamente apuntadas de rojo en el mapa, sino también a aquellas otras regiones poco desarrolladas que Inglaterra ha sometido desde hace mucho tiempo a su poderío, y gracias a las cuales ha podido adquirir un gran predominio. El tipo de ganancia inglés no está solamente sometido por la India, sino también por la Argentina. Por lo tanto, lo que estaba a discusión en la última guerra mundial, y volverá a estarlo en la próxima, es qué clase de expansión colonial es la más importante. Lo que estaba a discusión era el poderío mundial, pues este es el único que abre a cualquier grupo de capitalistas aquellas oportunidades para la expansión económica que son, en las condiciones actuales, tan indispensables a su existencia." John STRACHEY, *Naturaleza de la crisis*, trad. esp. de Emigdio Martínez Adame. México, Fondo de Cultura Económica, p. 432.

² *Ob. cit.*, p. 429.

americanos y, aunque en mucha menor extensión, los italianos, obtuvieron (en la medida en que prácticamente fué posible) las regiones necesarias aún no explotadas, el acceso a las materias primas, los mercados indispensables y, en general, las condiciones generales necesarias para el mantenimiento, dentro de las condiciones contemporáneas, de sus tipos de ganancia por arriba del nivel mínimo, y que esto sólo pudo lograrse privando a los capitalistas alemanes de esas mismas condiciones que son necesarias a su existencia como a la de los otros.³

Cada economía capitalista está animada de una fuerza interna de expansión. Esta fuerza expansiva interna deriva de la naturaleza misma de la economía capitalista, y la llamada presión demográfica es un factor secundario que se compone con los factores económicos primarios que generan y condicionan esa fuerza expansiva.⁴ Por esto la

³ "Con objeto de proporcionar a las potencias victoriosas las colonias suficientes donde invertir sus capitales y de donde extraer materias primas, y con objeto de asegurarles mercado para vender sus mercancías a precios remuneradores, fué necesario negar todo esto a Alemania." *Ob. cit.*, p. 430.

⁴ "El conocimiento de la naturaleza del capitalismo y de sus crisis no nos permitirá predecir cuándo y dónde estallará la próxima guerra interimperialista, y tendríamos que ser tan inteligentes para poder predecir cuál será su carácter, como lo fué Engels al predecir el carácter de la última. Semejante conocimiento, sin embargo, nos permitirá predecir con seguridad que se avecina otra guerra imperialista y que, una vez más, será interrumpida, y ahora en casi todas las grandes ciudades del mundo, por una revolución del proletariado.

"El conocimiento de los principios económicos que estas páginas han tratado de presentar, no sólo nos permitirá predecir la próxima guerra; nos permitirá, también, y esto es más importante, entender cómo y por qué la guerra es el resultado inevitable de las relaciones económicas y sociales del mundo capitalista. No se exagera al decir que, a menos que se conozcan las necesidades internas del capitalismo; a menos que se conozca que en el interior de cada economía capitalista existe una fuerza irresistible que la conduce hacia la expansión, no podrán explicarse los acontecimientos que se están desarrollando en el mundo entero. ¿A qué se debe que en la actualidad todos los países imperialistas se estén preparando rápidamente para la guerra a riesgo de su estabilidad financiera? ¿A qué se debe que las tropas marchan y contramarchan en las proximidades de las fronteras de la Europa Central y que el mundo, por consentimiento universal, haya regresado a un período de 'tensión internacional' igual, por lo menos, a la que existió en la década anterior a la guerra?

guerra es inevitable, dentro del sistema capitalista, con o sin la complicación de la llamada presión demográfica.⁵

2. Situación demográfica de los países beligerantes europeos

Veamos en qué condiciones se hallaban los beligerantes europeos al comenzar el conflicto: El Imperio Británico representaba el 22 % de la superficie del globo y cerca del 25 % de la población total del mundo. Al principio de esta guerra lucharon por una parte, el Imperio Británico, cuya superficie, sin incluir los territorios bajo mandato, era de más de 29 y medio millones de kilómetros cuadrados, con una población algo mayor de 524 millones de habitantes, y el Imperio Francés, con una superficie cercana a los 12 millones de kilómetros cuadrados y una población de poco más de 105 millones de habitantes; y por la otra parte, Alemania, que no tiene colonias ni territorios bajo mandato, pero que en el momento de invadir Polonia tenía un territorio de 586,000 kilómetros cuadrados, incluyendo el Sarre, Austria, Checoslovaquia y Memel, con una población de 79 millones de habitantes aproximadamente, 77.500,000 si se considera sólo, para los fines de este estudio, la población de Alemania y la de Austria. La

“Es evidente que el advenimiento de una gran guerra sería la más peligrosa de todas las eventualidades para la clase capitalista. ¿A qué se debe, pues, que nuestros gobernantes marchen ostensiblemente hacia su destino?” *Ob. cit.*, pp. 428-429.

⁵ “¿Cómo se ajusta a esta situación la explicación marxista de que la guerra es inevitable dentro del sistema capitalista? La respuesta es sencilla. Los capitalistas y terratenientes alemanes se vieron obligados en 1914, y se ven obligados hoy día, a hacer todo lo que esté en su mano para modificar, de cualquier modo, la situación internacional existente, pues su propia existencia como capitalistas y terratenientes ha llegado a ser incompatible con esa situación, ya que ésta fué creada a expensas suyas. Los capitalistas ingleses, franceses, americanos y, aunque en mucha menor extensión, los italianos, obtuvieron (en la medida en que prácticamente fué posible) las relaciones necesarias aún no explotadas, el acceso a las materias primas, los mercados indispensables y, en general, las condiciones generales necesarias para el mantenimiento, dentro de las condiciones contemporáneas de sus tipos de ganancia por arriba del nivel mínimo (en la forma en que se le definió más arriba). Pero esto sólo pudo lograrse privando a los capitalistas alemanes de esas mismas condiciones que son necesarias a su existencia como a la de los otros.” *Ob. cit.*, p. 430.

población del Reino Unido era de 47.387,000, la de Francia de 41.970,000 y la de Italia de 44 millones. La superficie del Imperio Italiano era de 3.780,000 kilómetros cuadrados, con una población de algo más de 50.5 millones de habitantes. Estos datos están tomados del "Anuario Estadístico de la Sociedad de las Naciones", del año 1938-1939, y, por lo tanto, corresponden a estimaciones al 31 de diciembre de 1937. La superioridad en territorio y población, de los Imperios Británico y Francés, era enorme, y la entrada, al lado de Alemania, del Imperio Italiano, disminuyó muy poco dicha superioridad.

A base del promedio del coeficiente del incremento natural correspondiente al trienio 1936-38, he calculado la población de los cuatro grandes países beligerantes, al 1º de julio de 1939 (dos meses antes de iniciarse el conflicto), y los datos son los siguientes:

	<i>(En miles)</i>
Reino Unido	47,607
Francia	41,996
Alemania	75,923
Italia	43,635

La población de Francia y del Reino Unido, en conjunto, era aproximadamente el 1º de julio del año pasado, de 89.6 millones, y la de Italia y Alemania de 119.6 millones. La superioridad numérica de las dos potencias del Eje es de 30 millones a su favor. La entrada de la U. R. S. S. y de los Estados Unidos, a pesar de la fuerza demográfica aportada por el Japón al Eje, dió a los aliados una superioridad demográfica aplastante.

Se podría calcular, aproximadamente, el número de varones de 20 a 39 años y de 20 a 54, en la población de cada una de las cuatro potencias; pero para el análisis que vamos a hacer es suficiente dar el número de varones de 20 a 39 años, y de 20 a 54, según las últimas estimaciones publicadas en el Anuario de la Sociedad de las Naciones, y que corresponden, para unos países, a 1936, y para otros, a 1937.

Según estos datos, Francia y el Reino Unido contaban en 1936-37 con 13.590,000 varones de 20 a 39 años, en tanto que Alemania e Italia tenían 18.983,000, con una diferencia, en favor de los países europeos del Eje, de 5.390,000 varones de 20 a 39 años. Si se to-

man los varones de 20 a 54 años, puesto que el límite de edad para el servicio de las armas, en una guerra como ésta, por el agotamiento de los grupos de jóvenes, se puede aumentar hasta los individuos que se encuentran al principio de la vejez, resulta que en 1936-37 Francia y el Reino Unido tenían 20.990,000 varones de 20 a 54 años, y Alemania e Italia 28.378,000, con una diferencia de 7.380,000 varones de 20 a 54 años en favor del Eje ítalogermano.

(Datos en millares.)

Países	Años	Varones de 20	Varones de 20
		a 39 años	a 54 años
Alemania	1937	12,313	18,616
Francia	1936	6,390	9,780
Italia	1936	6,670	9,772
Reino Unido	1937	7,200	11,210

Los datos de Alemania se han calculado incluyendo Austria y el Sarre, puesto que no sería lógico incluir las poblaciones checoslovacas y polacas de los territorios anexados, sobre las que Alemania no puede contar para la formación de nuevos ejércitos, sino sólo, y no sin dificultades, para la agricultura y la industria.

La superioridad de los Imperios Inglés y Francés, por número total de sus habitantes, por su superficie total, por sus recursos de materias primas y, en general, por sus mayores posibilidades económicas, era en enero de 1940 muy acentuada sobre los países del Eje; pero la potencia demográfica de los dos grupos de contendientes, si se considera únicamente la población del Reino Unido y de la República Francesa, por una parte, y por la otra la de la Italia peninsular e insular, sin colonias, por lo tanto, y la de Alemania con Austria y el Sarre, resulta mayor para los países del Eje.

El promedio anual de matrimonios en Alemania, durante los tres períodos considerados en el cuadro anterior, es notablemente mayor que en los otros tres países. La media anual de los matrimonios en Alemania, en 1926-30, es menor que en 1921-25, pero la media 1931-35 representa un aumento importante sobre las de los dos períodos anteriores. En Francia es constante la disminución de la media anual de matrimonios y el descenso va de 380,000 en 1921-25, a 308,000 en 1931-35. También en Italia se advierte una tendencia a la disminución de la media anual de matrimonios, pues ésta era de

325,000 en 1921-25 y de 287,000 en 1931-35. La media anual de los matrimonios en el Reino Unido aumenta de 343,000 en 1921-25 a 368,000 en 1931-35. Pero son las tasas de matrimonios por cada mil habitantes las que dan una idea más clara. Alemania tiene coeficiente de 9.2 matrimonios por cada mil habitantes en 1937-38, y es la mayor tasa entre los cuatro países. Siguen, en condiciones muy semejantes, el Reino Unido con 8.6, e Italia con 8.0, y Francia se encuentra en condiciones desfavorables con 6.5.

MATRIMONIOS

(Promedios)

<i>Países</i>	<i>Tasas en</i>			
	<i>1921-25</i>	<i>1926-30</i>	<i>1931-35</i>	<i>1937-38</i>
Alemania	590,562	559,390	613,969	9.2
Francia	380,685	339,393	308,137	6.5
Italia	225,591	294,878	286,815	8.0
Reino Unido	343,571	343,916	368,605	8.6

La media anual de los nacimientos desciende en Alemania durante los tres primeros períodos y se eleva en 1938, pero sin alcanzar el promedio de 1931-35. De los cuatro países es el que tiene la mayor cifra de nacimientos. Francia, que sufría una gravísima crisis de disminución de nacimientos, arroja cifras que expresan claramente esta crisis: 771,000 nacimientos en promedio en 1921-25 y 612,000 en 1938. Italia es, de esas cuatro potencias beligerantes, la que sigue a Alemania por su mayor cifra de nacimientos, pero también en Italia, y a pesar de las medidas de fomento de los nacimientos, se nota una tendencia a la disminución: 1.141,000 nacimientos en promedio anual en 1921-25, contra 1.037,000 nacimientos en 1938. También en el Reino Unido los nacimientos venían disminuyendo, aun cuando en 1938 se nota una ligera mejoría respecto a la media de 1931-35. El Reino Unido registró 907,000 nacimientos en promedio anual en 1921-25, contra 736,000 en 1938. Europa occidental se debatía, al iniciarse la guerra, en una crisis de desnatalidad, a pesar de las medidas que en algunos países se han tomado para incrementar los nacimientos. El mejoramiento de las condiciones de vida y el progreso en la instrucción de las grandes masas y, sobre todo, de las clases elevada y media, han producido una disminución de los nacimientos, de tal manera que

casi todas las previsiones sobre la población futura de los pueblos occidentales europeos preanuncian fundadamente que a fines de este siglo la población de esos países se habrá vuelto estacionaria, y una población estacionaria, por la composición de la población por edades, es una población que tiende a disminuir con rapidez. Alemania e Italia, con sus medidas de estímulo a las familias numerosas y de fomento a los matrimonios, para el aumento de los nacimientos, han logrado algunos resultados, e Inglaterra y Francia, con grandes imperios coloniales, están la primera al principio y la segunda en medio de graves crisis de desnatalidad que podrán conducir en pocos decenios a la disminución de la población, con grave peligro para la conservación de sus imperios y de su posición política y económica en el mundo, y la guerra que presenciamos agravará sus ya malas condiciones demográficas.

NACIMIENTOS

(Medias anuales en millares)

<i>Países</i>	1921-25	1926-30	1931-35	1938
Alemania	1.385	1.187	1.095	1.347
Francia	771	748	691	612
Italia	1.141	1.078	1.000	1.037
Reino Unido	907	783	719	736

Los efectos desfavorables que sobre el monto y la composición de la población de las cuatro potencias beligerantes producirá la actual guerra, serán, sin duda, graves para las cuatro potencias, pero, sobre todo, para las que se encontraban, al iniciarse el conflicto, en condiciones demográficas más desfavorables. Veamos la situación demográfica de las cuatro potencias antes y después de la guerra 1914-18, y en vísperas del presente conflicto:

NATALIDAD

(Tasa por millar)

<i>Países</i>	1911-13	1921-25	1926-30	1931-35	1936-38
Alemania	27.0	22.1	18.4	16.6	19.1
Francia	18.1	19.3	18.2	16.5	14.7
Italia	31.7	29.7	26.8	23.8	22.9
Reino Unido ...	24.3	20.4	17.2	15.5	15.3

Estos datos demuestran que en los cuatro países contendientes el descenso de la natalidad era grave en vísperas de la guerra. Se advierte que en los años inmediatos anteriores a la guerra 1914-18 ya la natalidad era baja, sobre todo en Alemania, Francia y el Reino Unido. Ninguna de las cuatro potencias ha vuelto, después de la guerra 1914-18, a alcanzar la natalidad que tenía en 1911-13. La natalidad de Alemania era de 27 por 1,000 en 1911-13, desciende a 16.6 en 1931-35 y mejora un poco en 1936-38, en que llega a 19.1. En Francia, cuya natalidad en 1911-13 era muy baja (18.1), se advierte una ligerísima mejoría en 1921-25, y después sigue el descenso hasta alcanzar el bajo coeficiente de 14.7 en 1936-38. De las cuatro potencias, Italia era la que se encontraba en mejores condiciones de natalidad antes del conflicto 1914-18, pues su tasa era de 31.7 en 1911-13. Después de la pasada guerra, la natalidad en Italia desciende constantemente y la política de fomento de la natalidad sólo logra hacer que las disminuciones sean poco menos graves que en los otros países. En 1911-13 Italia tenía una natalidad de 31.7, y a través de continuos descensos el coeficiente llega a 22.9 en 1936-38. En el Reino Unido el descenso ha sido constante y fuerte, de 24.3 en 1911-13, a 15.3 en 1936-38. En resumen, las cuatro potencias beligerantes estaban al comenzar la Guerra número 2, en plena crisis de descenso de los nacimientos, pero la crisis, según se puede advertir por los coeficientes de natalidad, es mucho más grave para Francia y el Reino Unido que para Alemania e Italia. La potencia demográfica de los dos países europeos del Eje es mayor que las de los anglofranceses, puesto que, en tanto que Alemania en 1936-38 presenta un coeficiente de 19.1 e Italia de 22.9, los del Reino Unido y Francia son, respectivamente, de 15.3 y de 14.7.

La mortalidad ha descendido en Alemania, en 1921-25, con relación a 1911-13, y continúa casi estacionaria desde 1926 hasta 1938. La mortalidad alemana, que era de 14.8 en 1911-13, desciende a 13.3 en 1921-25 y a 11.8 en 1936-38. En esos mismos tres períodos la mortalidad de Francia, que es mayor que la de Alemania, desciende en esta forma: 19.0, 17.2 y 15.3. La mortalidad en Italia ha bajado constantemente. Antes de la guerra era poco mayor que la de Francia y antes de esta guerra era menor. En los tres períodos considerados ha bajado de este modo: 19.3, en 1911-13; 17.3, en 1921-25, y 13.8, en 1936-38. También la mortalidad en el Reino Unido ha descendido

constantemente, y en los tres períodos a que nos venimos refiriendo las cifras son de 14.2, 12.4 y 12.2. En resumen, en 1936-38 las cuatro potencias en lucha ocupan los siguientes lugares en orden creciente de mortalidad: Alemania ocupa el primer lugar, con la mortalidad más baja, que es de 11.8; sigue el Reino Unido, con 12.2; en seguida Italia, con 13.8, y al final Francia, con 15.3; es decir, con la mortalidad más alta, a pesar de su riqueza y de su alto nivel cultural, porque como país de población prácticamente estacionaria, no ha podido reducir su mortalidad. Veamos ahora el crecimiento natural relativo, esto es, los coeficientes de exceso de los nacimientos sobre las defunciones por cada mil habitantes:

CRECIMIENTO NATURAL

<i>Países</i>	1911-13	1921-25	1926-30	1931-35	1936-38
Alemania	12.2	8.8	6.6	5.4	7.3
Francia	0.9	2.1	1.4	0.8	0.6
Italia	12.4	12.4	10.8	9.7	9.4
Reino Unido	10.1	8.0	4.9	3.3	3.1

Se advierte que Italia es, de los cuatro contendientes, el que tiene mayor vigor demográfico, puesto que presenta el más alto coeficiente de exceso de los nacimientos sobre las defunciones por cada 1,000 habitantes. Su coeficiente es de 9.4 en 1936-38. Sigue Alemania con 7.3. En tanto que el del Reino Unido es de 3.1 y la muy desfavorable situación de Francia se expresa por el coeficiente 0.6. El coeficiente de excedencia de nacimientos sobre defunciones era en Alemania de 12.2 en 1911-13, y desciende constantemente después de la guerra probablemente, habrá comenzado a disminuir en forma sensible. Y hasta 1936; en 1936-38 mejora un poco, y esta pequeña mejoría dentro de ciertos límites puede considerarse como el fruto de su campaña para incrementar los nacimientos. Francia se encontraba ya en muy malas condiciones demográficas en vísperas de la guerra 1914-18, pues en lugar de incremento natural de su población, tenía una tasa de 0.9 de decrecimiento en 1911-13, esto es, la población francesa disminuía casi un habitante anualmente por cada 1,000 habitantes. En 1921, y hasta 1930, se nota cierta mejoría, aun cuando ésta va en descenso, y ya en 1931-35 su tasa de incremento es de 0.8, y esta tasa

se obtiene a pesar de que Francia ha recibido importantes contingentes de inmigrantes, con una natalidad mayor que la de la población propiamente francesa. Italia, que presentaba, como ya se dijo, el más alto coeficiente de crecimiento natural entre las cuatro potencias, también ha sufrido un descenso de su crecimiento natural relativo, que va de 12.4 en 1911-13, a 9.4 en 1936-38. El descenso del coeficiente en el Reino Unido, en esos mismos dos períodos, es muy sensible, puesto que va de 10.1 a 3.1; pero el descenso británico es muy acentuado, puesto que es de 7 unidades, en tanto que el italiano es de 3 en el mismo período de tiempo, con la ventaja para Italia de que, a pesar del descenso, sigue conservando un coeficiente mucho mayor que el de Francia y el del Reino Unido.

Resumiendo, puede decirse que esta guerra encontró a los cuatro grandes beligerantes europeos iniciales en las condiciones de decadencia demográfica que son características de los pueblos europeos occidentales en estos momentos, que ya antes de la guerra 1914-18 se advertía un constante descenso de la natalidad, y que la tendencia general después de esa guerra, hasta el momento en que estalla el conflicto actual, es de descenso del promedio de los nacimientos, aun cuando en los últimos años se había advertido una ligera mejoría en el Reino Unido y en Italia, y una mejoría un poco más acentuada en Alemania. El presente conflicto encuentra a Italia y a Alemania en mejores condiciones demográficas relativamente que al Reino Unido, y a Francia en situación altamente desventajosa, por lo que, en igualdad de condiciones, los efectos desfavorables de esta guerra sobre la población de esos países, serán mucho más graves para Francia, y poco menos para Inglaterra, y menos graves para Italia y Alemania, en igualdad de otras condiciones. Alemania e Italia, por tener una población total y de varones de 20 a 54 años mayor que sus dos enemigos, y por tener más alta natalidad y mayor coeficiente de crecimiento natural, podrán hacer un desperdicio de vidas superior que Inglaterra y Francia, y podrán, relativamente, rehacerse más pronto de sus pérdidas demográficas de la guerra; pero es posible que ese tremendo desperdicio de vidas se lleve a un grado tal que las consecuencias desfavorables que desde el punto de vista demográfico tendrá el actual conflicto sobre Italia y Alemania, puedan ser relativamente mucho más graves que las de sus dos enemigos y mucho mayores que las del conflicto 1914-18, puesto que la entrada de la U. R. S. S. y de los

Estados Unidos a la guerra, no sólo equilibra la parte negativa del Japón, sino que aporta un fuerte excedente demográfico a los aliados. Esta guerra tiene un aspecto interesante, como es obvio, de guerra de economías agrícolas e industriales y de coeficientes de natalidad.

En la guerra 1914-18, los aliados, sin incluir a Italia y a los Estados Unidos, tenían una población de 228.8 millones de habitantes y los imperios centrales de 116.3. En conjunto, Francia, el Reino Unido y la Rusia europea, tenían 32.6 millones de varones de 20 a 32 años, contra 17.4 de los imperios centrales. En cambio, al principio de esta guerra, la situación demográfica, por lo que se refiere a la población total y al número de varones en edad apta para la guerra, era favorable al Eje Roma-Berlín y desfavorable a la alianza franco-británica; es decir, la alianza encabezada por Alemania está en mejores condiciones que la alianza enemiga, lo que no acontecía en 1914.

Otro dato sobre la superioridad demográfica de los aliados respecto a los imperios centrales en la guerra 1914-18, es el siguiente: Francia, el Reino Unido y la Rusia Europea, arrojaban un total de 10.7 millones de varones de 15 a 19 años, esto es, reservas humanas en la fecha de la declaración del conflicto, contra 5.9 millones de los imperios centrales. Al entrar Italia a la guerra a principios de 1915, en favor de los aliados, aportó una población de 34.7 millones de habitantes, 4.5 millones de hombres de 20 a 31 años y 1.6 millones de hombres de 15 a 19 años. La penetración demográfica alemana, antes de la guerra 1914-18, era importante en Francia, Inglaterra y Gales, Bélgica y Rusia Europea. Poco antes de estallar la pasada guerra, en esos cuatro países había 1.957,000 ciudadanos alemanes, de los cuales 970,000 varones y 987,000 mujeres. 1.64 % de la población en la Rusia Europea era alemana, 0.77 en Bélgica y 0.26 en Francia. También por la riqueza las cuatro principales potencias aliadas superaban a los imperios centrales, poco antes de la guerra 1914-18. La riqueza de Francia se estimaba en aquellos años en 287 mil millones de francos, la del Reino Unido en 422; la de Italia en 85 y la de Bélgica en 47; la de Alemania en 444 y la de Austria-Hungría en 132. Nótese que los datos del Reino Unido no incluyen las colonias y los dominios. En total, los cuatro países aliados tenían una riqueza de 841,000 millones de francos, contra 576,000 de los imperios centrales. Además, Canadá, Sud-Africa Inglesa, la India y la Confederación

Australiana, representaban una riqueza de 167,000 millones de francos, y los Estados Unidos, que más tarde ingresaron al grupo de los aliados, representaban una riqueza nacional de 555,000 millones de francos, lo que sumado da 722,000 millones de francos de riqueza de los principales países del Imperio Británico y de los Estados Unidos, puestos al servicio de la causa de los aliados en aquella guerra.

La heterogeneidad de los elementos étnicos de la Rusia zarista era, entre otros, un factor de debilidad. Al estallar la guerra 1914-18, se estimaba que el 73.3 % de la población del imperio ruso era de rusos y el 26.7 % de polacos, lituanos, hebreos, turcos, tártaros, etc., etc. También era muy heterogénea la población de Austria-Hungría, cuya composición era aproximadamente así: 23.4 %, de alemanes; 19.6 %, de magiares; 47.1 %, de eslavos; 6.3 %, de rumanos; 1.5 %, de italianos, y 2.1 %, de diversas nacionalidades.

3. Pérdidas demográficas en la primera guerra mundial

Las pérdidas de hombres en los primeros diez meses y medio de la pasada guerra, es decir, del 1º de agosto de 1914 al 16 de junio de 1915, se calcularon en 1.791,000, lo que da un promedio mensual de 170,500. Del 16 de junio de 1915 al 16 de mayo de 1916, las pérdidas se calculan en 1.185,000, con un promedio mensual de 107,700, y en estos 21 meses y medio las pérdidas fueron de 2.976,000, con un promedio mensual de 138,400. Según unos cálculos, Alemania sufrió pérdidas de guerra en el primer año de 1.791,000 a 1.833,000, y en el segundo año, de 1.180,000 a 1.185,000. Según un cálculo del *Times*, Alemania sufrió las siguientes pérdidas en los primeros dos años de guerra: 757,000 muertos, 1.913,000 heridos y 343,000 prisioneros. De los heridos, 447,000 graves y 1.345,000 con heridas ligeras.

En cifras relativas resultan 25.1 % de muertos, 63.5 de heridos y 11.4 de prisioneros. Frente a 737,000 muertos de Alemania en los dos primeros años de la pasada guerra, ahora tenemos las cifras de 500,000 muertos alemanes sólo en la gran batalla de Flandes que se libró al principio de esta guerra. Thiele, citado por Savorgnan, da 75,421 oficiales perdidos por Alemania en los dos primeros años de la guerra, de los cuales el 34.1 % es de muertos, el 59.4 % de heridos y 6.5 % de prisioneros. La mortalidad resulta entre los oficiales, según estos datos, mucho mayor que la de todo el ejército.

Resultan, por cada oficial muerto, 28 soldados heridos y por cada oficial herido 40 soldados heridos. Savorgnan, completando las cifras de la W. S. S., para los 21 meses y medio primeros de la pasada guerra, obtiene las siguientes cifras para los primeros veinticuatro meses, relativas a pérdidas alemanas: 886,000 muertos; 2.116,000 heridos y 400,000 prisioneros; esto es, 26 % de muertos, 15.1 % de heridos graves, 47.1 % de heridos ligeros y 11.8 % de prisioneros. Savorgnan, en una primera depuración de datos de las pérdidas alemanas, presenta los siguientes que considera más atendibles, también referentes a los dos primeros años de la guerra: 886,000 muertos, 515,000 heridos graves, 866,000 heridos ligeros y 400,000 prisioneros, lo que da un total de 2.665,000 muertos, heridos y prisioneros.

Savorgnan calcula las pérdidas de guerra del Reino Unido, en los dos primeros años de la lucha, en 827,000, de los que 248,000 fueron muertos, 514,000 heridos y 65,000 prisioneros. Depurando más rigurosamente las cifras, teniendo en cuenta que muchos heridos vuelven al frente, Savorgnan calcula que las pérdidas absolutas de Alemania en los dos primeros años de la guerra, fueron de 1.838,000 individuos, de los cuales 886,000 muertos (esto es, el 48.2 %), 552,000 heridos (30 %) y 400,000 prisioneros (21.8 %). Las pérdidas inglesas absolutas, también en los dos primeros años, fueron sólo de 446,000 individuos, es decir, poco menos de 25 % de las pérdidas sufridas por Alemania. Las pérdidas absolutas de Austria-Hungría, en los dos primeros años de la guerra, fueron estimados por el mismo autor en 3.604,000 individuos, de los cuales 1.000,000 muertos, 534,000 heridos y 2.000,000 de prisioneros. Las cifras correspondientes a las pérdidas absolutas de Francia en los dos primeros años de la pasada guerra, fueron poco menores que las de Alemania: 1.656,000 individuos, de los que 800,000 fueron muertos, 496,000 heridos y 360,000 prisioneros.

El número de nacidos vivos disminuye al año siguiente a la fecha de la iniciación de las hostilidades.

En la pasada guerra este efecto se hizo sentir fuertemente durante todo 1919. La disminución del número de nacidos vivos puede apreciarse por medio de estos datos: en Francia, se registraron 710,000 nacimientos (en 87 departamentos) en 1914, 360,000 en 1916 y 450,000 en 1918; en Alemania, el número de nacidos vivos desciende fuertemente de 1.818,000 en 1914 a 1.029,000 en

1916 y a 1.270,000 en 1919. En Inglaterra y Gales el número de nacimientos desciende de 879,000 en 1914 a 786,000 en 1916 y a 692,000 en 1919. En Italia el descenso del número de nacidos vivos es también muy fuerte: 1.114,000 en 1914, 882,000 en 1916 y 771,000 en 1919. En los cuatro países se nota un aumento sensible en 1919 respecto a 1918, como resultado del fuerte aumento de la nupcialidad a fines de 1918 y durante 1919. El cálculo de las vidas potenciales perdidas se basa en el supuesto de que, si la guerra no se hubiera realizado, el número de nacidos vivos se habría mantenido al nivel normal prebélico. Tomando datos, para las 4 potencias beligerantes, de 1915-19, excepto para Italia, para la cual el cálculo se basa en datos de 1916-19, el déficit en miles es como sigue: Italia, 1.400,000 vidas potenciales perdidas; Francia, 1.400,000, es decir, exactamente la misma cantidad; Alemania la enorme cifra de 3.500,000 vidas potenciales perdidas, e Inglaterra, 770,000. El aumento del número de nacidos vivos en 1920 excedió el nivel de antes de la guerra, pero fué insuficiente para compensar el déficit del período bélico.

Para apreciar el enorme aumento de la mortalidad durante la pasada gran guerra, téngase en cuenta que el número de defunciones en Alemania en 1914 fué de 1.291,000, incluyendo civiles y militares, y que subió a 1.606,000 en 1918. Inmediatamente en 1919 desciende a 978,000 (las defunciones en Alemania fueron 1.005,000 en 1913). En Francia en 1913 se registraron 702,000 defunciones y 1.090,000 en 1914; en el último año bélico, 1918, el número de defunciones en ese país fué de 1,070,000 y en 1919 desciende a 710,000. Italia, que en 1913 tuvo 664,000 defunciones, en 1915 tuvo 810,000 y en 1918, 1.268,000, reduciéndose fuertemente el número de defunciones en 1919 que fué de 676,000. La epidemia de influenza de 1918 se unió a la guerra y produjo la enorme mortalidad de ese año.

Durante los años de la guerra 1914-18, Francia tuvo un movimiento natural negativo, es decir, de exceso de las defunciones sobre los nacimientos, en todos esos años, habiendo sido el más fuerte el de 1918, en que las defunciones excedieron a los nacimientos en 620,000. Alemania tuvo 527,000 nacimientos de exceso sobre las defunciones en 1914. En los cuatro años siguientes de la guerra arrojó balance negativo, y en 1918 encontramos la cifra mayor, pues las defunciones

excedieron a los nacimientos en 679,000. En Italia se registró un balance positivo en 1914, y también en los dos años siguientes, aun cuando ya el balance positivo de 1915 es mucho menor que el de 1914, y en 1916 es muy pequeño el número excedente de nacimientos sobre las defunciones. En 1917-18 Italia arroja un balance demográfico negativo en su movimiento natural, siendo mucho mayor en 1918 que en 1917 el exceso de las defunciones sobre los nacimientos. Como la guerra no se llevó a cabo en territorio de Inglaterra y Gales, y como el monto de los ejércitos británicos fué menor que el de los ejércitos de Francia y Alemania, Inglaterra y Gales conservan en los años de la guerra un movimiento natural positivo, esto es, siempre se registran excedentes de nacimientos sobre defunciones, aunque estos excedentes tienden a disminuir constante y vigorosamente. En efecto, en 1914 fué de 362,000 la excedencia de nacimientos sobre defunciones en Inglaterra y Gales; baja a 278,000 en 1916 y a 51,000 en 1918. Separando de la cifra correspondiente a Inglaterra los 710,000 militares ingleses muertos en aquel conflicto, queda una excedencia de 400,000 nacidos vivos en el período 1914-18. Podemos afirmar que el costo demográfico de la pasada guerra para cada uno de los 4 países beligerantes fué enorme para Francia: menor, aunque muy grande, para Alemania; mediano para Italia; y que para Inglaterra la pasada guerra no significó sino una insignificante pérdida demográfica. En efecto, durante los 5 años de la pasada guerra, Francia registró la pavorosa cifra de 2.580,000 defunciones de exceso sobre los nacimientos; Alemania, 922,000 defunciones de excedente sobre los nacimientos, e Italia, 51,000, en tanto que Inglaterra y Gales, a pesar de los 700,000 militares muertos en esa guerra, tuvo una excedencia de 400,000 nacimientos sobre las defunciones en dicho período bélico. Dos causas favorables a Inglaterra operaron en este caso: las pérdidas bélicas de vidas, relativamente pequeñas en el ejército inglés, con 100 muertos por cada 1,000 movilizados, y la menor disminución de los nacimientos. Italia, que entró a la guerra en 1915, tuvo 106 muertos por cada 1,000 movilizados, y una ligera excedencia de defunciones como resultado de la epidemia de influenza de 1918. Francia tuvo pérdidas enormes en su ejército, con un coeficiente de 174 muertos por cada 1,000 movilizados, y además sufrió una muy fuerte reducción de los nacimientos. Alemania tuvo una cuota de 129 muertos por cada 1,000

movilizados. La situación demográfica de Francia era tan grave al terminar el conflicto, que todavía en 1919 tuvo 235,000 defunciones de exceso sobre los nacimientos.

La guerra es también un azote cuyas repercusiones demográficas alcanzan a los países neutrales. Con datos de Holanda, Dinamarca, Suecia, Noruega, Suiza y España se observa que en esos países disminuyó el promedio de los nacimientos en 1914-18 respecto a 1913, que aumentó la media anual de defunciones, y que estos efectos todavía se hacían sentir fuertemente en 1919. Esos 6 países neutrales tuvieron 421,000 nacimientos de exceso sobre las defunciones en 1913, y en 1914-18 sólo una excedencia media de 306,000.

4. *Consecuencias demográficas de la guerra*

Algunos sociólogos y economistas, entre los cuales Savorgnan ocupa un lugar destacado, estudiaron en los primeros años de la guerra de 1914-18, y continuaron sus estudios en la pasada postguerra, con el objeto de contestarse diversas cuestiones, entre ellas las siguientes: 1ª Si, en tiempos remotos y hasta cuándo, la guerra ha tenido una eficacia seleccionadora, en el sentido de eliminar de la escena de la vida y de la historia tanto a los individuos como a los grupos física y moralmente inferiores, cuya perpetuación no parecía deseable desde el punto de vista de la buena calidad de la raza. 2ª Si, y hasta qué punto, las condiciones de vida creadas por la guerra fueron, para los que triunfaban en la lucha, de tal manera que aseguraran su conservación y promovieran su propagación. 3ª Si, también en los tiempos más recientes y sobre todo en 1914-18, la guerra tenía un valor selectivo.

Los estudios hechos condujeron a afirmar que en los albores de la humanidad se realizó por medio de la guerra una rigurosa selección, en virtud de la cual desaparecieron los mal dotados y sobrevivieron los individuos y los grupos sociales que tanto física como moralmente podrían considerarse como los mejores. Y afirmaron que la guerra formó aquellas razas seleccionadas de guerreros, de conquistadores, que crearon los primeros Estados y las primeras civilizaciones importantes. Pero que la función seleccionadora de la guerra fué disminuyendo a través de los siglos, al quedar restringido el oficio de las armas sólo a ciertas clases, y estando la mayor parte de la población, fundamentalmente, al margen de los peligros de la guerra,

de tal manera que sólo una parte, por lo general la más selecta, estaba expuesta a la mortalidad bélica. Se dice que las guerras eliminaron las antiguas aristocracias y que produjeron una selección en sentido contrario, y que si, hasta la época en que las guerras se hacían con armas blancas, se puede admitir que cuando menos entre los combatientes se realizaba cierta selección, la eficacia de ésta se redujo mucho con la introducción de las armas de fuego, y se decía que las balas son ciegas y que lo mismo matan a los héroes que a los cobardes, a los fuertes que a los débiles, y se concluía afirmando que con el perfeccionamiento de las armas de fuego y con la invención de nuevos instrumentos bélicos, la guerra no sólo perdió su valor selectivo, sino que llegó a ser, evidentemente, y todos estamos de acuerdo en esto, un factor de antiselección. En estos momentos están muriendo en Europa cientos de miles de los individuos jóvenes, más sanos, más vigorosos, y recuérdese que un economista decía refiriéndose a la pasada gran guerra imperialista: "La destrucción de hombres que ha habido en esta guerra se ha hecho sobre lo que cualitativamente no ha tenido nunca el mundo de mejor". La guerra moderna no puede ejercer una influencia benéfica seleccionadora, como las guerras de los albores de la historia y de las civilizaciones del oriente clásico, primero, porque la guerra no destruiría completamente a los vencidos, suponiendo que éstos estuvieran mal dotados física e intelectualmente, sino que los vencidos continuarían propagándose y perpetuando aquellas cualidades menos deseables; segundo, porque las pérdidas, que frecuentemente son más graves para los vencedores que para los vencidos, hacen que el pueblo vencedor pueda salir de la guerra más dañado que el vencido, desde el punto de vista de la calidad de la raza; tercero, porque como consecuencia de las pérdidas de guerra, la proli-ficación, tanto del pueblo vencedor como del vencido, se hace después de la guerra por los reproductores física y moralmente inferiores, de tal manera, que los pueblos europeos occidentales saldrán en su conjunto gravemente perjudicados en su composición demográfica cualitativa; cuarto, porque la destrucción de riquezas materiales, causada por la guerra, hace bajar el patrón de vida de todos los beligerantes, y aumenta la miseria, por varios años después de la guerra, y durante ella, y disminuye la resistencia a la morbilidad.

Considero que esta guerra tendrá efectos más antiselectivos que

la anterior, porque los ejércitos son mayores, porque se han ampliado los límites inferior y superior de edad militar, porque la selección antropológica física de los conscriptos y de las mujeres de los servicios auxiliares se ha hecho más estricta, y porque la acción destructora sobre la población civil ha crecido considerablemente.

En 1829 Villermé suponía que las guerras napoleónicas habían producido una disminución en la estatura de los franceses; después Difau advertía que de 1816 y 1835 los casos de rechazo de reclutados habían aumentado, a pesar de que la estatura había disminuído, Tschuriloff, en 1876, después de investigaciones minuciosas, llegaba a la conclusión de que las guerras napoleónicas habían ejercido una influencia dañosa no sólo sobre la estatura, sino sobre las cualidades físicas de las generaciones nacidas en los años siguientes a las guerras. Vacher de Lapouge, que estudió los efectos raciales de la guerra de 1870 sobre los reclutas de 1892-93, afirmaba que "los hijos de la guerra" eran inferiores físicamente a los nacidos antes, y afirmaba que esa inferioridad se debía con toda probabilidad a la mayor proporción de individuos defectuosos entre los genitores.

Y se podría ampliar esta referencia con datos de autores que han observado los efectos dañosos de la guerra sobre las cualidades físicas de los habitantes engendrados y nacidos durante la lucha, y aun en los años inmediatos posteriores.

Eduardo Rosset, de un análisis detallado de los datos concernientes al movimiento natural de la población de los países beligerantes y de un grupo de neutrales, obtiene las siguientes conclusiones relativas a la influencia de la guerra de 1914-18 sobre la población: 1ª La guerra ejerce una influencia profunda sobre el movimiento natural de la población. 2ª Esta influencia no acaba al terminar la guerra, sino que dura todavía algún tiempo después de la suspensión de las hostilidades. 3ª Durante las hostilidades, la influencia de la guerra sobre los fenómenos demográficos tiene un carácter destructivo, y después de la guerra adquiere un carácter compensador. 4ª La influencia destructiva de la guerra se manifiesta por la disminución de la nupcialidad y de la natalidad y por el aumento de la mortalidad. 5ª En el período de la post-guerra, que Rosset llama de compensación, el coeficiente de los matrimonios aumenta por encima de la me-

dia de antes de la guerra; el coeficiente de los nacimientos sufre una alza, el coeficiente de la mortalidad desciende; en una palabra, en todos los dominios del movimiento natural de la población se manifiesta una tendencia a compensar las pérdidas de guerra. 6ª El número de los divorcios, que es bajo durante la guerra, aumenta de una manera muy considerable en el período de la post-guerra. 7ª La influencia de la guerra sobre el movimiento natural de la población no se limita exclusivamente a los países beligerantes, sino que se manifiesta también en los países neutrales, aunque de una manera más débil. 8ª Todos estos fenómenos presentan una regularidad tan grande que pueden considerarse como las leyes demográficas de la guerra.

De la simple lectura de estas conclusiones de Rosset, parece desprenderse una afirmación optimista: que en el período que llama de compensación, las pérdidas de guerra se llenan, se cubren, y esto no es exacto, porque la observación de las cifras demuestra que la tendencia compensadora no se mantiene o conserva el tiempo suficiente para llenar las pérdidas de guerra, sino que pocos años después continúa, más o menos agravada, la tendencia desfavorable que se manifiesta en los países beligerantes desde antes de la guerra; esto es, que el período llamado compensador es muy corto y prácticamente no hay compensación, y que la guerra no hace sino agravar el movimiento de descenso demográfico de los países beligerantes, cuando ese descenso se hacía sentir ya antes de la guerra, o se había iniciado cuando apenas se apuntaba en la pre-guerra. En efecto, como hemos visto, la media de los nacimientos desciende constantemente en Francia, Alemania, Italia y el Reino Unido, de 1921 a 1933, lo mismo que la excedencia de los nacimientos sobre las defunciones. Por lo tanto, más que de un período de compensación, puede hablarse de un breve intermedio en el que se manifiestan fuerzas demográficas de tendencia compensadora, que pocos años después son vencidas por las fuerzas o factores que creaban la tendencia demográfica de cada país antes de la guerra.

Eugen Würzburger, en su pequeño estudio titulado "La Influencia de la Guerra Mundial sobre el Movimiento de la Población", distingue tres grupos entre las causas que han debido disminuir el número de nacimientos legítimos después de la guerra: 1º Los solteros muertos en el campo de batalla, que se habrían casado después de la guerra, y cuya muerte ha creado una laguna irreparable

en el número de matrimonios. 2º Los muertos casados cuya muerte destruyó otros tantos matrimonios existentes. 3º El aumento que han experimentado, entre los matrimonios hechos después de la guerra, los que poseen ciertas calidades que disminuyen la fecundidad, y concluye que sería falso atribuir la totalidad de la disminución de los nacimientos después de la guerra, a los cambios de carácter moral en la población, y que es también falso basar los cálculos del desarrollo futuro de la población sobre las cifras de la natalidad actual, porque en gran parte son un efecto de acontecimientos extraordinarios que, dice el autor, esperamos que no se repetirán. Y entre esos acontecimientos extraordinarios está la guerra, la gran guerra de imperios, que ya se repitió.

La guerra perturba la marcha normal del crecimiento natural de la población y provoca un período demográfico excepcional, como hemos visto, en que la mortalidad, la natalidad y la nupcialidad se alejan, de un modo notable, de su nivel normal. Es lo que Hersch llama *período demográfico de la guerra*. Este autor ha comprobado para todas las grandes guerras del siglo XIX y para la guerra de 1914-18, que el período demográfico de la guerra se compone de dos fases: una destructiva que se traduce en una alza extraordinaria de la mortalidad y una baja no menos extraordinaria de la nupcialidad y de la natalidad, y una segunda fase que puede llamarse reparadora y que está caracterizada por una baja brusca de la mortalidad y por un alza más brusca todavía de la nupcialidad y de la natalidad. Los máximos de mortalidad, los más elevados, así como los más bajos mínimos de nupcialidad y de natalidad, jamás observados antes en los diversos países europeos, pueden observarse durante las fases destructivas de las grandes guerras; los máximos de nupcialidad y de natalidad pueden igualmente observarse durante las fases reparadoras. Ni la fase destructiva ni la fase reparadora coinciden para todos los fenómenos demográficos. Para la mortalidad y la nupcialidad, la fase destructiva comienza al iniciarse las hostilidades; para la natalidad comienza, como es obvio, al año siguiente. Termina esta fase y la fase reparadora comienza para la nupcialidad con el fin de las hostilidades. Para la natalidad la fase reparadora comienza al año siguiente. Para la mortalidad la fase destructiva puede durar cierto número de años después de la terminación de las hostilidades. La duración de la fase reparadora varía de un país a otro, de una guerra

a otra, de un fenómeno demográfico a otro, pero puede hacerse sentir, dentro de ciertos límites, hasta 6 ó 7 años después de la cesación de la guerra. En lo referente a la mortalidad, el descenso de la fase reparadora ha sido mínimo en comparación con los destrozos causados en la fase destructora por todas las grandes guerras del siglo xix y del siglo xx en los diferentes países para los cuales se han podido analizar las estadísticas. En cambio, la fase reparadora ha sido excesivamente fuerte desde el punto de vista de la nupcialidad y de la natalidad. Para la grandes guerras del siglo xix se ha comprobado que el alza de los matrimonios y de los nacimientos en la fase reparadora cubría generalmente el déficit de la fase destructiva y aun daba un excedente positivo. El fenómeno cambió mucho después de la guerra 1914-18 y cambiará, con caracteres más desfavorables, al finalizar el actual conflicto.

En esta época, que se caracteriza por una baja rápida "normal" de la natalidad, el alza de la natalidad durante la fase reparadora de la post-guerra se encuentra contrariada y refrenada y en gran parte neutralizada por la tendencia general de la natalidad a descender. La importancia del alza de la natalidad en la fase reparadora depende de la intensidad más o menos grande de la tendencia normal de la natalidad a descender. En los países en que la baja de natalidad es en general débil, la natalidad sube en la fase reparadora muy por encima del nivel de antes de la guerra y se mantiene elevada durante varios años. Lo contrario sucederá en los países en que la natalidad, excesivamente débil antes de la guerra, como en Francia, tiende a bajar considerablemente, y en estos países, sin embargo, la natalidad sube durante la fase reparadora por encima del nivel de la ante-guerra. Pero en los numerosos países en que la natalidad, muy elevada hasta principios del siglo xx, tiende actualmente a bajar con una rapidez vertiginosa, la natalidad de la fase reparadora, en comparación con el bajo nivel en que cayó en la fase destructora, con frecuencia no llega realmente a alcanzar su nivel anterior, y en todo caso se mantiene por muy poco tiempo y vuelve pronto a su tendencia "normal" a la disminución. La "reparación" equivale en este caso a una reducción de la velocidad del descenso normal, en lugar de un alza efectiva de la natalidad. Actualmente la reparación es mínima, tanto para la natalidad como para la mortalidad y sólo para la nupcialidad se observa varios años después de la guerra una elevación formidable,

que excede el nivel de la ante-guerra y se mantiene durante 7 años o algo más. Los divorcios pasan por dos fases sucesivas muy paralelas a las de la nupcialidad. Por otra parte, la guerra disminuye el número de suicidios, y esta disminución se prolonga por poco tiempo después de la guerra y en seguida aumenta, superando generalmente los niveles del período prebélico.

Estas observaciones pueden extenderse a los países neutrales vecinos, que mantienen relaciones más o menos estrechas con los países beligerantes. Pero los fenómenos se presentan en los países neutrales en forma menos acentuada. Sin embargo, Hersch ha comprobado que los países neutrales y vecinos que están más próximos y relacionados con los países en guerra, presentan más pronunciadas las características demográficas de las naciones en guerra. En Suiza el movimiento de matrimonios y nacimientos se aproximó más que en otros países neutrales al movimiento demográfico en los países beligerantes; después vienen en orden decreciente Holanda, Dinamarca y España; en Suecia las dos fases demográfico-bélicas fueron apenas perceptibles y en Noruega no se manifestaron casi. La pasada guerra produjo 13 millones de víctimas entre los militares y aproximadamente 29 millones entre los civiles, esto es, 42 millones. El número de fallecimientos indirectamente causados por la guerra ha sido más del doble de la cifra de defunciones que la guerra causó directamente. La guerra sembró la muerte no sólo entre los combatientes, sino entre los civiles, no sólo entre los hombres, sino también entre las mujeres e incluso alcanzó a los niños y a los viejos, tanto en los países beligerantes como en los neutrales, y no sólo en Europa sino también en los países transoceánicos. La guerra moderna deja huellas durables sobre la vida demográfica de las naciones y no sólo afecta el número total de la población, sino también su composición por sexos y por edades. Multiplica considerablemente el número de viudas, pero modifica apenas la proporción de viudos. Las consecuencias demográficas del conflicto actual serán mucho más graves y extensas en el tiempo y en el espacio que las del conflicto anterior; por el progreso en la técnica de destrucción y por su carácter más brutal, sus consecuencias demográficas serán más acentuadas, más peligrosas sobre todo para los pueblos de la Europa occidental y para los Estados Unidos; poco menos graves para la U. R. S. S. y para el Japón, y para los neutrales o no beligerantes activos algo más

acentuadas que en la guerra pasada. Me atrevo a predecir que en la Europa occidental, en los Estados Unidos, en Canadá y en Australia, la tendencia compensadora en la inmediata postguerra se manifestará con mucha menor intensidad que en la postguerra anterior. Todo esto creo que conduciría a una decadencia demográfica que el descenso de la mortalidad, en los próximos decenios, por el progreso de la ciencia, no podrá detener, sino apenas reducir un poco en su marcha descendente. Esta decadencia, cuya profundidad y ritmo de agravación serían distintos en los diferentes pueblos, aumentará los desequilibrios demográficos de cantidad, densidad general, densidad de individuos en edad militar y en edades de mayor rendimiento de trabajo calificado, densidad de población económicamente activa, composición general por edades, natalidad, nupcialidad, mortalidad y tasa de crecimiento general. Y esta agravación de desequilibrios demográficos será un factor secundario que se unirá a los primeros en la producción de las próximas guerras. Es obvio que estas previsiones se modificarían en gran parte, en la hipótesis de que el mundo de la postguerra sea, en lo fundamental, distinto del de 1939, por su clima económico, social y moral.

5. *Planteamientos y soluciones de los problemas demográficos en vísperas de la guerra mundial*

Pocos meses antes de que se iniciara la Guerra Mundial II, economistas y sociólogos dedicados a los estudios sobre problemas de población, seguían discutiendo principalmente estos temas: sobrepoblación, óptimum de la población, posibilidades de los países de inmigración para recibir y acomodar inmigrantes, obstáculos a las migraciones, colonización interior, expansión colonial, relaciones entre la sobrepoblación, la subpoblación y el aprovisionamiento de materias primas, las colonias como medios para que los países sobrepoblados pudieran colocar sus excedentes de población, y emancipación de los pueblos coloniales. En tanto que los estudiosos de los países "satisfechos", sobre el canevá del propósito, casi siempre confesado, de conservar el *statu quo* del reparto territorial del mundo, bordaban proyectos de soluciones, los estudiosos de las naciones "insatisfechas" exponían con ruda franqueza sus deseos y las causas del descontento que prevalecía en sus países. Algunos grupos de hombres de estudio hacen esfuerzos, a veces coronados por cierto éxito, de situarse en pla-

nos de objetividad y serenidad. Cuando estudiaban cuestiones abstractas sobre estos problemas, las discusiones eran casi siempre interesantes y útiles, pero al pasar al terreno de las cuestiones concretas, surgían como fantasmas los obstáculos generados por una contradicción inconciliable entre el *statu quo* y el nuevo reparto del mundo.

Para poder discutir con suficientes datos, dentro de las limitaciones de tiempo, el tema que El Colegio de México me ha señalado, en este Seminario sobre la Guerra, es preciso resumir las principales ideas y opiniones de los estudiosos de problemas económicos y sociales, en relación con las cuestiones demográficas antes enumeradas.

Se procurará, al presentar con la mayor brevedad estas ideas y opiniones, seleccionar las más representativas:

Se tiene la impresión de que la era de la explotación de las colonias en provecho del país colonizador llega a su fin, aun cuando todavía subsistan ciertas ventajas, como la posibilidad de inversiones provechosas de capitales en las colonias y las oportunidades de carreras administrativas bien remuneradas.

El conjunto de los ciudadanos de la metrópoli hace los gastos de la colonia, en tanto que las ventajas eventuales sólo benefician a un reducido número de personas.

Debe surgir una moral internacional para ordenar las relaciones de los pueblos, basándose, no sobre una ley de violencia, sino sobre una ley de concordia que, conservando el genio propio de cada una de las patrias, afirme la unidad de la vida mundial, proclame la necesidad de la solidaridad de todos los grupos humanos, los impulse a establecer, sobre bases de justicia, la Carta Magna de una amplia cooperación que consagrará la explotación adecuada de los innumerables recursos del planeta, de sus inmensos bienes todavía vírgenes.

No era posible que en las conferencias de los hombres de estudio se proyectara un nuevo reparto de las colonias y de los mandatos, o se rehiciera la carta de Europa. Sólo se trataba de buscar en común algunos medios deseables en interés de la paz internacional. Esta posición era, casi por completo, estéril.

El problema de la sobrepoblación es ante todo psicológico, y se debe proceder, en el orden y en la justicia, a las modificaciones indispensables del *statu quo* (Von Verdross, austríaco).

¿Los hombres son capaces de una organización social de la vida

internacional? Y si esta organización es moralmente posible, ¿se puede favorecer prácticamente su desarrollo? (Bludhorn, austriaco).

Las aspiraciones de los países "insatisfechos", deben estudiarse sobre estas tres bases: *a)* buena fe recíproca; *b)* respeto de la regla de que nadie, en la comunidad internacional ni en las comunidades nacionales, podría hacerse justicia por sí mismo; *c)* abandono y condenación de la doctrina del hecho consumado (Hauser, francés).

Todos los hombres de estudio están de acuerdo en admitir la existencia de desigualdades demográficas en los diferentes países. Por una parte existen países excesivamente sobrepoblados, cuya situación sería más favorable si su población fuera menos grande; por otra parte, hay regiones poco explotadas en que los recursos permitirían acomodar una población mayor. Los estudiosos reconocen, de un modo general, que estas desigualdades constituyen una fuente de fricción y de tensión internacional, un germen de guerra.

Deben considerarse con cuidado las situaciones de los países que han formulado demandas de modificaciones al *statu quo* dando como motivo la presión demográfica que dicen que prevalece en el interior de sus fronteras.

Los hombres de estudio polacos, italianos y alemanes, presentan datos sobre la presión demográfica que existe en sus países, en tanto que los especialistas japoneses dicen que la situación de su país se ha descrito con exageración pesimista por los hombres de estudio europeos; hacen notar que la tasa de natalidad del Japón y el crecimiento natural de su población son menos elevados que en varios países europeos y de Sud-América, y que después de 1920, probablemente en vista de la adopción de la práctica del control de los nacimientos, la tasa de la natalidad ha disminuído.

Hay países sobrepoblados desde un punto de vista absoluto, pero también hay países sobrepoblados desde un punto de vista relativo, cuya situación conviene examinar, porque son estos últimos los que han reclamado modificaciones al *statu quo*, y en caso de que sus peticiones no sean satisfechas, constituirán un factor de perturbación en las relaciones pacíficas internacionales (Landry, francés).

El óptimum de población no es fácilmente definible, y es casi imposible medir la sobrepoblación.

El objeto de toda política demográfica debe ser el mejoramiento del bienestar humano, que depende en gran parte de las condiciones

económicas; debe tenerse en cuenta el deseo de seguridad que sienten los individuos y las naciones, así como la necesidad de formular una política demográfica de modo que las calidades biológicas o eugénicas de la raza humana puedan ser constantemente mejoradas.] Propone una noción sintética del óptimum de poblamiento. Para esto es necesario efectuar acuerdos sobre la política demográfica y sobre los métodos de compilación de estadísticas de población y organizar previamente investigaciones internacionales coordinadas (Ferenczy, de la Oficina Internacional del Trabajo).

Se pone en duda que la emigración constituya verdaderamente un remedio a la sobrepoblación. ¿Los países sobrepoblados mejoran su situación realmente cuando una parte del excedente de su población sale de su territorio? En estos países sobrepoblados la natalidad tiende a elevarse después de la salida de los emigrantes. El hueco dejado se llena automáticamente y ningún cambio se realiza en la situación de conjunto (Pickersgill, canadiense).

Se debe considerar la emigración neta en relación con el crecimiento natural de la población. Las estadísticas permiten demostrar que durante varias décadas más de una tercera parte del crecimiento de la población de la Gran Bretaña fué compensada por la emigración correspondiente, lo mismo que en Noruega y Polonia. No es posible decir en qué medida la sobrepoblación ha sido ahorrada a estos países. Vero se estima que es improbable que la natalidad haya sido menos elevada si los emigrantes no hubieran salido (Carr Saunders, de la Gran Bretaña; Skaug, de Noruega, y Smolenski, de Polonia).

Las posibilidades de inmigración dependen necesariamente de la capacidad de los inmigrantes para ejercer una actividad económica útil en el país de adopción (Alsberg y Shotwell, de los Estados Unidos).

No es posible restablecer ahora (1937) los movimientos migratorios libres como se realizaban en el siglo pasado, ni ensayar la restauración del liberalismo económico y la libertad absoluta del comercio mundial que caracterizaron esa época. Las condiciones en los países de inmigración son muy diferentes a las del siglo XIX. El inmigrante ya no se considera como un cooperador, sino como un competidor, que amenaza deprimir los niveles de salarios. El agricultor, inmigrante o descendiente de inmigrantes, llega a ser un capitalista en el Canadá y en los Estados Unidos. No es posible desarrollar las

migraciones por sí mismas; no se debe tratar de llenar los espacios relativamente despoblados en nombre del equilibrio demográfico, si esto no produce el mejoramiento del bienestar humano (varios estudiosos canadienses y estadounidenses).

El Brasil tiene importantes posibilidades de acomodar inmigrantes, y este país los recibirá con gusto si las dificultades técnicas, dificultades de asimilación, pudieran ser superadas (Almeida, brasileño).

Existen posibilidades de recibir inmigrantes en Canadá y Australia, a condición de que esta inmigración sea controlada y dirigida a fin de hacerla económicamente aprovechable (varios estudiosos australianos y canadienses).

Si no hay en el mundo una libre circulación de las mercancías y de los capitales, los hombres se acumularán en los países industriales de Europa y será necesario que emigre una parte de ellos; pero no pueden emigrar si al llegar al país de adopción no encuentran empleo útil, lo que quiere decir, en el caso del Canadá y de los Estados Unidos, emplearlos en vista de la producción de mercancías agrícolas para la exportación (varios hombres de estudio de Estados Unidos y Canadá).

Es preciso tratar de establecer un sistema económico más racional, que se extienda a todas las naciones del planeta (Bludhorn, austríaco).

Un Estado no puede pedir ayuda para resolver el problema de su sobrepoblación si previamente no hace todos los esfuerzos posibles para superar por sí mismo sus propias dificultades (Alsberg, de Estados Unidos).

Las colonias no constituyen ni pueden constituir un desahogo importante para los excedentes demográficos de la metrópoli. Sin embargo, las colonias pueden tener para la metrópoli cierto valor demográfico. Por ejemplo, en el caso de Holanda hay una corriente de emigrantes pobres que van a las colonias y otra de inmigrantes ricos que regresan a la metrópoli. Es difícil decir si este intercambio aprovecha a Holanda en su conjunto o sólo a un pequeño número de holandeses (varios estudiosos daneses y holandeses).

La acción bilateral es muy provechosa y debe recomendarse que se estudien los resultados de los pactos bilaterales negociados por Francia y la posibilidad de extender este sistema a los problemas actuales (Oualid, francés).

Debe esbozarse un organismo internacional encargado de estudiar los problemas migratorios, de reunir a los países interesados en una mesa de discusiones, de conciliar los intereses opuestos en el dominio de la política demográfica y de redactar los proyectos o modelos de tratados multilaterales que las naciones podrían adoptar (estudiosos de diferentes países europeos).

Los productores, y sobre todo los de artículos agrícolas, sienten la necesidad de luchar contra una superproducción que es consecuencia del progreso de la técnica, del descenso de la tasa de crecimiento de la población europea y de la limitación cada vez más marcada de las esferas nuevas de actividad (Henderson, inglés).

En lo referente a la transferencia de las colonias, varios oradores hicieron notar que es inútil discutir esta cuestión, porque los informes y datos que han tenido a la vista muestran que las reivindicaciones coloniales se apoyan, desde el punto de vista económico, sobre bases frágiles. Sin embargo, un estudioso japonés (Yamada) hizo una exposición sobre la utilidad de la transferencia de los territorios no desarrollados, e hizo notar que la explotación de las tierras de los países jóvenes podría realizarse mediante la mano de obra extranjera proporcionada por la inmigración. Un escritor polaco (Gliwic) opinó en el mismo sentido.

Es ventajoso multiplicar en las colonias las compañías por acciones para la producción de materias primas. Los países que carecen de éstas suscribirían acciones no en capital, sino en suministro de equipo, máquinas, servicios técnicos y mano de obra, para economizar divisas. Podrían ser entregadas las materias primas por el importe de los dividendos correspondientes (Hoffherr, francés). Se hicieron objeciones de orden económico, relativas a la débil importancia de los dividendos distribuibles, a la dificultad de asociar con eficacia los capitales públicos y privados. También se hicieron objeciones políticas, y se dijo que sería paradójico asociar en una empresa cuyo objeto es separar la explotación del suelo de la soberanía territorial, a los representantes de regímenes que siempre han negado la discriminación entre la economía y la política (Stanley, Henderson y Louwers, americana, inglés y belga, respectivamente).

Al proponerse convenios para garantizar el acceso a las materias primas, un canadiense (Mac Kay), insistió en el hecho de que sólo mediante ciertas condiciones se podría dar una garantía de acceso a

las materias primas por los países exportadores. Indicó que los grandes productores de materias primas o de mercancías alimenticias, como el Canadá, no aceptarían dar garantías sin recibir en cambio la garantía de tener salidas abiertas de manera estable y donde fuera posible disponer libremente de las divisas; y que también sería necesaria una garantía para que los importadores no empleen las materias primas para desarrollar industrias que podrían hacer competencia, por procedimientos de *dumping*, a los productores. También se refirió a la garantía de que las materias primas no sean utilizadas para la fabricación de armamentos destinados a preparar una modificación del *statu quo*.

Se concedió particular importancia a la necesidad de suprimir o reducir los obstáculos a las inversiones extranjeras en las colonias. Algunos economistas opinaron que la solución puede encontrarse en la organización de corporaciones internacionales, y que los intereses financieros de estas corporaciones podrían salvaguardarse por una protección internacional. Se recomendó la ampliación de convenios internacionales sobre las principales materias primas clave. Se dijo que estos convenios presentan la ventaja de aplicarse a determinadas materias, teniendo en cuenta las condiciones particulares que determinan la economía de cada materia prima.

Para la mayor parte de los autores la solución a estos problemas se encuentra en una completa transformación de los regímenes económicos actuales, en la decadencia del nacionalismo económico, en el retorno a una circulación más activa de mercancías y capitales. Más aún, existen numerosas opiniones en el sentido de que no hay un problema específico de materias primas, sino un problema más general de intercambios y de crédito, y que sólo un aumento de las exportaciones y de los préstamos podría resolver las dificultades de aprovisionamiento en ciertos países. Se expresaron diferentes opiniones que coincidían en que es necesario que hicieran concesiones tanto los países ricos en materias primas como los que carecen de ellas. Hubo cierto acuerdo en considerar que se podrían hacer empréstitos a los países carentes de ciertas materias primas, que estuvieran de acuerdo en abolir las restricciones a los cambios. Se subrayó la urgencia de una organización internacional de créditos a corto plazo.

Por lo que se refiere al aspecto económico y demográfico de las cuestiones coloniales, los estudiosos, en los dos años anteriores a esta

guerra, consideraron principalmente la supresión de las restricciones a la inmigración colonial, para reducir la presión demográfica. Mi opinión es que la supresión de esas restricciones no aminora, o sólo reduce en proporción insignificante la llamada presión demográfica. Se estudiaron: el libre acceso a los recursos coloniales; la supresión de los obstáculos a las inversiones en las colonias por los demás países; el libre acceso de todos los países a los mercados coloniales, y, por último, la participación de las potencias no coloniales en la administración colonial. Un interés sostenido despertó estas cuestiones: ¿las restricciones a la inmigración se justifican por el interés de las poblaciones autóctonas?; ¿los inmigrantes tienen reivindicaciones particulares que presentar?; ¿las restricciones se inspiran en condiciones de orden puramente racial o político?

Por lo que se refiere a la inmigración colonial, las cuestiones más interesantes, sujetas a estudio, han sido: la necesidad de inmigración; el valor demográfico de las colonias, que yo considero muy pequeño; la influencia de la inmigración sobre las poblaciones indígenas; las restricciones a la inmigración colonial.

La necesidad de inmigración disminuye en razón directa del desarrollo económico de cada país (Louwers, belga).

Son los territorios no coloniales los que se prestan mejor a la inmigración por razones de clima, de nivel de vida más elevado, etc. Las colonias no están adaptadas a la inmigración y no ofrecen posibilidades de acomodamiento sino para un número restringido de técnicos y obreros especializados (Labouret, francés). El mismo autor juzga que las posibilidades de establecimiento de colonos europeos en los países tropicales han sido exageradas considerablemente, y que estos países no pueden recibir a los desocupados europeos, por lo que considera un gran error incitar por la propaganda a los blancos para que vayan a países que no son para ellos.

Apoyándose en una amplia documentación estadística, un especialista de la Oficina Internacional del Trabajo hizo notar que la inmigración hacia los países coloniales no constituye, ella sola, un remedio a la situación de los países sobrepoblados, y que los territorios coloniales ejercen una atracción relativamente poderosa sobre los emigrantes de las naciones que detentan la soberanía (Ferenczi).

Otros estudiosos han hecho notar que la solución del problema de la sobrepoblación debe ser buscada en un plano más amplio, aun

cuando el abrir las colonias a la inmigración blanca podría ser un remedio a la situación demográfica de algunos países. Por mi parte considero que esto sería un remedio de muy escasa importancia, como puede comprobarse mediante una documentación estadística (por ejemplo, sobre las colonias italianas y el Manchukuo).

Existen varios estudios relativos a la influencia deplorable de la inmigración de extranjeros sobre la situación de los nativos, no sólo por la concurrencia en el mercado de trabajo, sino por la explotación de la mano de obra indígena.

Es necesario tomar como principio director, sobre cualquiera otra consideración, la salvaguarda de los intereses de la población nativa, y por esto conviene mantener las restricciones a la inmigración, pero sólo las restricciones que correspondan a los intereses de los nativos y que excluyan toda discriminación contra otros Estados (Richardson).

El principal problema colonial es más un problema de sobreproducción que de subproducción, y es paradójico observar (1937) que varios países persiguen políticas nacionalistas y autárquicas que parecen dirigidas a privarlas de las materias primas coloniales. Con esta política económica, los países que tienen necesidad de importar materias primas ponen ellos mismos obstáculos para poder obtenerlas en buenas condiciones (Henderson).

Ninguna potencia colonial "satisfecha" está dispuesta a considerar posibles cambios territoriales o políticos en el cuadro del sistema colonial actual (1938). Las potencias coloniales han adoptado esta actitud, no por egoísmo, según dicen los especialistas de esos países, sino por razones de orden moral: no quieren renunciar a sus prerrogativas morales respecto a las poblaciones que están encargadas de proteger. Median vínculos que no pueden ser rotos.

Entre otros principios sobre política colonial, se insistió mucho en la buena fe entre los diferentes Estados, la necesidad de evitar la transferencia de los nativos de un amo a otro, la regla de que ningún Estado debe ser juez y parte al mismo tiempo. Como decía M. Berber, en la Décima Sesión de la Conferencia Permanente de Altos Estudios Internacionales, del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones (junio-julio de 1937), que es precisamente porque no se han respetado principios como los antes enumerados, por lo que el mundo se encuentra en una situación tan grave, e hizo notar que Alemania no pedía una transferencia de soberanía por razones de

aprovisionamiento de materias primas o de salidas para sus excedentes de población, sino que sus reivindicaciones estaban fundadas más bien en cuestiones de honor, y comparaba la reivindicación de las colonias alemanas a la reivindicación que Francia pedía después de 1871 sobre Alsacia-Lorena. Lo anterior es un argumento en favor de mi punto de vista de que [las colonias no constituyen, en régimen capitalista, salidas de importancia para los excedentes de población, y que la expansión colonial no es resultado de la presión demográfica, sino que ésta sólo se invoca como un pretexto complementario.]

Un especialista inglés (Lord Lytton) manifestó que en esa Conferencia no se había precisado, sino hasta ese momento, que ciertos cambios en el dominio colonial fueran necesarios para asegurar la paz del mundo, a lo que el señor Berber contestó que la guerra 1914-18 produjo ciertas consecuencias, y que era preciso saber si estas consecuencias podían ser modificadas sin una nueva guerra, y agregó que la devolución a Alemania de sus antiguas colonias puede hacerse pacíficamente. Berber dijo que la reivindicación de Alemania estaba motivada por el sentimiento de una injusticia sufrida y que su fundamento jurídico reposaba sobre la diferencia entre las disposiciones coloniales del Tratado de Versalles y los principios del Presidente Wilson evocados en el momento del armisticio.

Los administradores coloniales deben procurar hacer todo lo posible para preparar el fin o término de su administración (Drummond Shiels).

Para acelerar esta evolución convendría ocuparse particularmente del desarrollo de la educación y de la cultura entre los pueblos coloniales, fomentar la creación de sociedades cooperativas y hacer participar a los nativos en el gobierno local.

El derecho de expansión y el derecho de conservación no son más que la expresión de instintos que coexisten en la humanidad. Para evitar un choque que rompa la paz es necesario encontrar entre ellos acomodamientos, transacciones, un equilibrio. Esta opinión prevaleció entre especialistas de las grandes potencias coloniales.

Un especialista austríaco (Blüdhorn) dijo que sobre el plan internacional la noción de interés común no corresponde ya a la realidad instintiva. Ella está desprovista de toda mística, de toda pasión, de todo *élan*. Es una verdad sólida, pero fría. No la descubriremos mediante el razonamiento. No la sentimos directamente nosotros. Así,

su influencia sobre la actividad social es tan débil que habría peligro de seguir una ruta falsa si se la tiene en cuenta para asegurar normalmente los compromisos necesarios.

Toda demanda de modificación del *statu quo* está determinada por ciertas aspiraciones y por fuerzas que son las necesidades del Estado insatisfecho. Y así, los especialistas de los Estados "insatisfechos" hablaron de móviles de orden económico y de orden político.

6. *El optimum de población y la presión demográfica*

En la última postguerra (1919 en adelante), no faltaron hombres de ciencia que llamaran la atención acerca de la presión demográfica como causa o factor de una guerra próxima. Corrado Gini, en 1930, hacía notar que los datos referentes a las concepciones en los primeros meses de matrimonio, en diversos países o estados, confirman que la crisis de la natalidad tenía un carácter grave, especialmente en la Europa septentrional, central y occidental. "Efectivamente, mientras que en Italia, a pesar de la fuerte disminución comprobada, y también en los países de la Australasia, el por ciento de las concepciones en el primer trimestre de matrimonio no quedan nunca abajo del 20 %, en las diversas localidades de Alemania para las que se poseen datos recientes, lo mismo que en las ciudades de Amsterdam y Zurich . . . , el por ciento no llega a más del 15 %, y muchas veces desciende hasta el 6.5 %." ⁶

Gini se pregunta cuál es la consecuencia de este estado de cosas, y afirma que si la tendencia citada perdura, las poblaciones de Europa septentrional, central y occidental, en el caso de que se mantengan aisladas, a la larga se extinguirán; en el caso de que ninguna medida política o resistencia psicológica impida la libre circulación de individuos, la migración tendería a reducir la presión demográfica entre esos países y las poblaciones circunvecinas. ⁷

El mismo eminente demógrafo se pregunta si se abrirán, en un porvenir más o menos próximo, los estados de la Europa septentrional, central y occidental a la emigración de las poblaciones menos decadentes que las circundan, de modo que lleguen a ser con ellas solidarios en la evolución demográfica, o bien si la presión demográfica conti-

⁶ *Nascita evoluzione e morte delle nazioni*, por Corrado GINI, Roma, 1930, p. 60.

⁷ GINI, *ob. cit.*, p. 61.

nuará creciendo hasta llegar a desencadenar un nuevo y más tremendo ciclón que arrojará a las poblaciones de la Europa central y meridional sobre los países de menor presión demográfica.⁸

Señala el profesor Gini un segundo problema, en vista de la decadencia demográfica de una gran parte de los países europeos: el desequilibrio no ya entre las diversas poblaciones de raza europea, sino entre poblaciones de raza europea, por una parte, y las poblaciones indianas, amarillas y malesianas por la otra. "Los dos problemas están suspendidos, amenazadores, sobre el porvenir de la civilización."⁸

La presente guerra ha sido, en el teatro europeo, la embestida de dos países que se sienten sobrepoblados, Alemania e Italia, primeramente contra dos países, uno en franca decadencia demográfica, Francia, con una población escasa respecto a sus recursos y frente a la urgencia de conservar su imperio colonial, y otra, Inglaterra, en inicial decadencia demográfica, todavía no muy grave.

En un segundo momento, las dos naciones europeas "insatisfechas" se lanzan contra la Unión Soviética, en que la población es todavía relativamente pequeña respecto al territorio, pero que no se encuentra en decadencia demográfica, sino al contrario, en un período de vigoroso desarrollo. La agresión japonesa ha sido el intento de expansión de un pueblo que se siente sobrepoblado y que trataba de desplazar del Extremo Oriente, de Australia, de la India y del Pacífico, a otras potencias. La llamada presión demográfica, en ambos casos, sólo ha actuado como un factor psicológico de segunda importancia que se ha combinado con otros en la gestación e iniciación del conflicto. El profesor Gini insinúa que la debilidad demográfica de un país despierta e impulsa los apetitos expansionistas. Esto es indudable, como lo demuestra el caso de Francia, respecto a Alemania e Italia. Lo anterior no indica en modo alguno que ese estímulo pueda ser considerado como una causa de la guerra, sino sólo como un factor que se asocia con su corto peso a las causas primarias de la guerra.

Pocos años antes de estallar el actual conflicto, se discutió mucho la teoría anglosajona del óptimum de población. Los autores de esta teoría observan que racionalmente debe admitirse la existencia de una sobrepoblación en ciertos territorios, como algunas provincias de la India y de China, y de una subpoblación, por ejemplo en Australia,

⁸ GINI, *ob. cit.*, p. 62.

Brasil, México, Canadá, y expresan que estos hechos implican, por necesidad, la existencia de un límite, más allá del cual el aumento de población constituye un daño. Este límite señala la población más ventajosa para una población respecto del número y de ciertos intereses o fines considerados de capital importancia. Constituye el óptimum cuantitativo de la población. Los autores de la teoría coinciden en afirmar que el único elemento para determinar el óptimum es el máximo bienestar material, es decir, el mayor bienestar económico que puede tener por índice la renta o ingreso medio por cabeza, calculado, según unos, teniendo en cuenta todos los bienes y, según otros, teniendo en cuenta sólo los bienes de consumo, y la mayor parte de los autores se inclinan por el primer criterio, y algunos por el ingreso medio *per capita* de habitante económicamente activo. Confirman que cuando el rendimiento medio del trabajador agrícola o industrial es inferior al de países nuevos con baja densidad, como Estados Unidos o Sud-Africa, hay sobrepoblación. Consideran el bienestar económico como resultado de un complejo de factores que se influyen entre sí, y que son: la tierra, la población y el grado de desarrollo alcanzado por el capital, por los medios técnicos disponibles y por la capacidad individual de la población, y estiman que los agentes del progreso humano son la extensión de la tierra y el perfeccionamiento de la técnica. Numerosos autores señalaron, en los años de 1930 a 1939, que esta teoría respondía admirablemente al *statu quo* de las naciones anglosajonas.

El profesor Gini, refiriéndose a la teoría del óptimum cuantitativo dice: "La sensación, a la que nos hemos referido, de la *posibilidad* de la existencia de un estado de subpoblación y de un estado de sobrepoblación, nos autoriza sólo a considerar que llevando respectivamente en abscisas y en ordenadas sobre un sistema de ejes cartesianos, longitudes proporcionales a la cantidad de población, y longitudes que expresen, para cada uno de esos valores, el grado de bienestar económico que les corresponde, obtendríamos un diagrama que comprendería, al principio, una rama de curva ascendente, y al final una rama de curva descendente. Ninguna otra cosa estaremos, racionalmente, en grado de afirmar respecto al tramo intermedio entre el principio y el fin de la curva."⁹

⁹ *Le basi scientifiche della politica della popolazione*, por Corrado GINI, Catania, 1931, p. 29.

Dice Gini que la primera posibilidad que puede considerarse es que para un cierto intervalo de las abscisas, la curva coincida sensiblemente con una paralela al primer eje, denunciando así la existencia de una *zona de optimum* entre la cual el grado de bienestar individual se demostraría indiferente a una variación, en más o menos, de la población. La segunda posibilidad que considera es que no haya un solo punto de optimum, sino varios puntos; esto quiere decir que la curva presentaría varias oscilaciones con diversos máximos, de los que uno podría o no sobresalir entre los otros. En este caso se considera la posibilidad de un país que disponga de un determinado territorio y de un determinado capital, y que esté habitado por un pueblo dotado de ciertas aptitudes, pero que atravesase varios puntos de optimum por efecto únicamente de las diversas densidades de la población. Gini, ampliando esta interesante explicación, dice que con una población escasa ese pueblo podrá encontrar ventajas en la economía pastoral, atravesando la cual habrá un punto de optimum, pero que con densidades diversas y poco a poco más grandes, puede suceder que ese pueblo encuentre ventajas en otros tipos de economía agrícola, industrial, bancaria, cada uno de los cuales puede presentar su optimum. No menos importante es la observación del mismo autor de que, entre un optimum y otro, las condiciones de vida de la población, si se aprecian en función del grado de bienestar económico individual; aparezcan, en verdad, menos favorables; pero esta disminución del bienestar constituiría sólo la característica de un período de transición; no sería lícito, por lo tanto, concluir que alcanzado un optimum el estado deba, para mantener invariado el nivel de vida de los ciudadanos, esforzarse en moderar el aumento de la población.¹⁰

Hace notar el mismo autor que el concepto de una densidad óptima de población, determinada por el grado de bienestar económico, no es claro, porque no se precisa para quién esa densidad deba representar un optimum: para el individuo, para el estado o para la humanidad.

Considero que la teoría del optimum, como la han expresado hasta hoy los autores anglosajones, es una teoría individualista, en

¹⁰ GINI, *ob. cit.*, p. 30.

función de la situación económica, política y demográfica de sus propios países; sin embargo, se debe recordar que en Inglaterra, poco antes de la guerra actual, la sensación de sobrepoblación fué debilitándose y apareció una sensación de decadencia demográfica inicial, y el Primer Ministro Winston Churchill, en plena guerra, en un reciente discurso, señaló el peligro de la desnatalidad británica como causa de una posible decadencia política y económica. Churchill no consideraría, sin duda, como óptima la cifra de la población británica en 1939, en tanto que algunos autores de la teoría del óptimum consideraban en 1939 que esa cifra representaba un exceso sobre el óptimum. La guerra actual se encargó de aclarar mejor la situación demográfica británica.

Varios autores, entre ellos Gini, han señalado que la teoría del óptimum es una teoría con base materialista, que sólo tiene en cuenta el bienestar económico y que olvida otros factores que concurren a constituir el bienestar humano, como la salud física y las satisfacciones culturales, deportivas, etc. El hecho de que los factores extraeconómicos del bienestar no pueden ser medidos, no justifica que se les excluya; no por ser subjetivos son menos importantes.

Es cierto que esta teoría no pretende indicar para cada país una densidad óptima para todo tiempo, ni admite necesariamente que para cada país el óptimum pueda determinarse; pero admite que, independientemente de la posibilidad de su determinación práctica, la densidad óptima existe objetivamente. Para los factores económicos pudiera ser suficiente el criterio objetivo de la medida monetaria; pero no para las satisfacciones morales, culturales, etc.

Opino que desde un punto de vista del bienestar material puede haber una zona óptima, determinable *grosso modo*, y que en la evolución de un pueblo puede haber varios puntos óptimos, menos o más cercanos y con vigencia más o menos corta; pero considero que Gini tiene razón cuando dice que el juicio sobre el óptimum en cuanto se salga de los valores puramente monetarios, no puede ser más que subjetivo; que el incremento de la población tiene efectos muy diversos sobre la cultura, la higiene, el desarrollo económico, la potencia política y que puede hacer bajar el ingreso medio; de donde Gini concluye que no existe un óptimum objetivo de la población, sino que existen situaciones múltiples, que por las varias naciones y por los

diferentes individuos de la misma nación pueden ser diversamente juzgados.¹¹

Observa el profesor Gini que, aun cuando para el cálculo del óptimum nos limitamos a tomar en consideración sólo el bienestar económico, y aun si se acepta la idea de que este último sea representable como una función del territorio (*land*), del número de habitantes (*population*) y del capital personal y técnico disponible (*stage of the arts*), se puede advertir que, entre estas tres variables, median interrelaciones tan complejas que hacen prácticamente imposible la determinación de la función.¹²

Es interesante la observación que han hecho Gini y otros autores de que la densidad de población puede estimular la emulación entre los habitantes y favorecer el progreso técnico y el desarrollo económico, pero que esta reacción no es simple y se desarrolla de manera muy diversa según circunstancias no previsibles y particularmente según la índole de la población. Hay poblaciones que no necesitan un fuerte estímulo para su progreso, y pueden alcanzarlo aun con débil densidad demográfica; otros pueblos necesitan un estímulo más enérgico, que puede derivar de una mayor densidad, y otros pueblos, aun con altas densidades, pueden vegetar en el atraso o simplemente estancarse.

En esta época, uno de los anhelos más grandes de las masas populares es la seguridad económica, esto es, la protección que el individuo y la familia necesitan, frente a los riesgos que reducen la capacidad de ganancia de la familia (la vejez, la invalidez, la enfermedad, etc.). Es muy probable que en la postguerra pueda abrirse una nueva era en historia económica, que podría llamarse la "era de la seguridad económica y social", y, después de algunos siglos, los hombres se asombrarán de que haya habido épocas como ésta de intenso desarrollo científico y técnico, de incremento imponente de la producción, en medio de la grave y generalizada inseguridad económica. Las instituciones de seguridad económica y social serán muy extensas, firmes y eficaces, y las futuras generaciones las verán como algo natural, como algo obvio, como ahora vemos la seguridad que una policía bien organizada otorga a los habitantes de una ciudad moderna, respecto a sus vidas y hogares. Con relación al óptimum, cuando se

¹¹ GINI, *ob. cit.*, p. 35.

¹² GINI, *ob. cit.*, p. 35.

habla de bienestar económico, se hace referencia a una situación momentánea, en tanto que para valuar correctamente el óptimum demográfico, en el supuesto de que fuese valuable, se debería tener en cuenta no sólo esta situación momentánea, sino también la probabilidad de que ella se prolongue en el futuro. Esta probabilidad depende de la seguridad de que goza el país y se conecta con las instituciones económicas y sociales, con el número de habitantes, con la potencia militar, con la disciplina social y con otros factores primordiales.

Por otra parte, si se tiene en cuenta la vida de la nación, es obvio que lo que puede ser considerado óptimo por los ciudadanos en un momento dado, puede no resultar óptimo al estado considerado como un ente en sí mismo. La base del óptimum, el bienestar económico individual, es insuficiente, y sería deseable encontrar para cada país, en cada momento, un punto de equilibrio, que siempre resultaría muy inestable, entre el punto de vista individual y el punto de vista social o nacional.

Hay países pequeñísimos que, aunque triplicaran su población en cinco años, quedarían siempre en una situación de debilidad política y militar. Hay países que, si aumentaran su población fuertemente, podrían, en función de sus recursos inexplorados, mejorar su nivel económico y su fuerza política y militar, sin llegar a ser por eso potencias de primer orden como México, pero podrían cumplir mejor su misión histórica, desde el punto de vista de quienes consideran que cada pueblo, sobre todo los de potente originalidad, tiene una misión que cumplir en el cuadro de la historia universal. Antes de esta guerra muchos políticos, hombres de estudio y jefes militares consideraban erróneamente que los pueblos insulares o alejados de sus países adversarios por grandes océanos, podrían mantener su seguridad con ejércitos pequeños y con escuadras navales importantes, y que para esto sólo necesitaban ejércitos reducidos, que no exigían una alta densidad de población. La guerra moderna, que nutre en la potencia industrial su capacidad de agresión y de defensa, exige no sólo para la agricultura y la industria, sino también para los transportes, para la marina y para el ejército, así como para los diversos servicios auxiliares, una población abundante, de manera que las exigencias demográficas para la defensa han venido aumentando con el desarrollo de la técnica de guerra. En un mundo, organizado sobre bases más firmes y sanas que el mundo de 1939, y en el que no haya guerras a períodos breves,

no tendrán los países necesidad de potenciar su población con fines militares; pero en un mundo mejor organizado, como se ha dicho, la población estará racionalmente distribuída en el planeta y no habrá fuertes diferencias entre la capacidad de producción y la producción. En un mundo mejor organizado, si a mayor nivel de vida correspondiera menor natalidad, por la restricción voluntaria, la población llegaría a ser, en un tiempo relativamente corto, estacionaria, y a la larga sería regresiva. La mayor seguridad económica y social podría detener la desnatalidad, y la población podría crecer vigorosamente, y en el caso de que amenazara crecer más allá de lo que los recursos permitieran, se podría organizar, dentro de límites que se irían precisando cada vez más, la restricción de la natalidad, y llegaría una época en que se podría planificar la restricción de la natalidad sobre bases científicas, biológicas, económicas y sociales, dentro de ciertos límites de tolerancia o error que progresivamente se irían reduciendo. Aun sobre estas hipótesis sería muy difícil calcular la población óptima, y se podrían hacer estimaciones de una zona de óptimum para cada región del planeta, pero esas zonas de óptimum no estarían en función exclusivamente del bienestar económico individual en un momento dado, sino el interés social, que entonces sería el interés mundial. Si la ciencia descubriera, lo que es posible, que en la desnatalidad y en la decadencia demográfica juegan no sólo factores económicos y culturales, sino también biológicos, estos últimos tendrían que ser considerados cuidadosamente al planificar el crecimiento natural de la población en las diferentes regiones del mundo; por esto, es obvio que sólo cuando desaparezca el sistema político de las nacionalidades, como funcionan ahora, la presión demográfica podrá dejar de ser un factor coadyuvante en la gestación de las guerras. Estimo también obvio que la presión demográfica, como uno de los factores secundarios que se asocian a los primarios en la producción de las guerras, sólo podrá desaparecer cuando se haga una distribución racional de la población en el planeta. Considero como el economista neozelandés Walter Nash, que la Carta del Atlántico será un papel curioso si no se crea en la postguerra, en forma eficaz y operante, un Consejo Mundial de Reconstrucción. Por mi parte, estimo que entre los órganos de ese Consejo Mundial de Reconstrucción debe establecerse uno para planificar científicamente la política demográfica que se siga en las diferentes regiones del planeta, con vistas al conjunto mundial, y otro

de financiamiento de las migraciones colonizadoras y de las demás medidas político-demográficas. En un mundo que fundamentalmente sea un conjunto de vasos comunicados, no podrá haber presión demográfica distinta en alto grado, que produzca desequilibrios demográficos. Algunos escritores y hombres de estado son escépticos respecto a una organización mundial de postguerra en la que no existan graves desequilibrios demográficos y económicos. Otros autores y otros políticos son optimistas, cuando menos por lo que dicen. El hombre de estudio debe señalar los problemas y las soluciones, aun cuando éstas aparezcan fantásticas en el clima histórico de un momento dado.

Considero la teoría del óptimum no sólo como una teoría inventada por estudiosos anglo-sajones, con el fin de conservar el *statu quo* conveniente para sus países. Estimo que algunos coautores de esta teoría son hombres de estudio que sinceramente han elaborado derivaciones de la teoría malhtusiana. Y hay otros coautores de la teoría del óptimum que pertenecen al grupo de los hombres de estudio que anhelan vivamente medir los fenómenos económicos y sociales más complejos, con fines de previsión.

Para el imperialismo económico, y para lo que podría llamarse el imperialismo cultural, la masa y el aumento de la población tienen gran importancia; pero debe repetirse la observación de Gini de que el fenómeno de la masa de la población puede tener importancia muy diversa según los diferentes estados, sobre todo para aquellos que no cuentan con una población suficiente para hacer fructíferas sus propias empresas, para explotar debidamente sus recursos y alcanzar un nivel más alto de bienestar económico y social.

La cifra global de la población de un país es poco significativa. Tampoco es suficiente tomar en cuenta la densidad y el incremento de la población. Es preciso considerar su estructura cualitativa y cuantitativa, por edades, por ocupaciones, etc. Los progresos de la antropología física y de las investigaciones sociográficas permitirán estudios más amplios que los actuales sobre la estructura de la población. Sólo en largos períodos de tiempo se puede observar la influencia de la densidad de la población que influye favorablemente en el desarrollo de las grandes industrias y es condición indispensable para el desarrollo de algunas de éstas. La influencia de la densidad de la población sobre las obras públicas, sobre las comunicaciones, los servicios públicos, la seguridad pública, la disciplina social, la salubridad

pública, el aumento de las necesidades de los grupos atrasados y los procesos de imitación y de invención, han sido estudiados con cierta profundidad por algunos países y aun para ciertas épocas de la historia. Las densidades necesarias para acelerar el progreso en algunas poblaciones varían, como es obvio, con los obstáculos geográficos, culturales, etc., que deben ser superados. Un aumento de la densidad de población es una condición de importancia variable, según la índole de cada pueblo, según su evolución histórica y su situación actual. Poco es lo que un aumento de la densidad de la población puede hacer por sí mismo. Para calcular el óptimum sería necesario tener en cuenta las características geográficas, la extensión de las zonas desérticas y maláricas, las extensiones de las diferentes calidades de tierra, las materias primas disponibles, las características físicas y culturales de la población, su nivel técnico, sus comunicaciones, etc. A pesar de las dificultades que implica el cálculo del óptimum, los autores anglosajones se han dedicado con fervor a esos estudios, en parte porque temen que otras naciones dedicadas casi exclusivamente a la agricultura, sobre todo las naciones colonizadas por los blancos, se dediquen cada vez más a las industrias, absorbiendo el consumo de las materias primas de las cuales dependen los países anglosajones, y aumentando su población de modo que lleguen a disponer de una cantidad cada vez menor de alimentos para la exportación. Algunos coautores de la teoría del óptimum, llenos de preocupaciones frente al peligro de sobrepoblación en sus países, no han advertido con toda claridad las consecuencias que tendrá la disminución de la natalidad en un futuro relativamente próximo; impresionados por el aumento absoluto de la población, no han advertido que esto se debe, sobre todo, a la disminución de la mortalidad, y que es posible que en el resto del siglo xx no siga disminuyendo la mortalidad con el mismo ritmo que en la segunda mitad del xix y en el primer tercio de este siglo. Tampoco le han concedido significación al hecho de que el actual exceso de los nacimientos sobre las defunciones, en sus países, depende de una transitoria abundancia de las edades que dan muchos nacimientos y escasas defunciones.

Supónese que el excesivo bienestar económico puede constituir una causa de decadencia; por lo tanto, el confort excesivo, más que garantizar la prosperidad, puede garantizar la decadencia de la nación.

Los efectos del crecimiento de la población presentan, como lo ha hecho notar Gini,¹³ un lado activo que lo constituye la nueva mano de obra que se ofrecen a la producción y a los incrementos y saldos de artículos que origina el aumento de la producción; el segundo lado, el pasivo, se refiere a los consumos. La importancia relativa de las consecuencias activas o pasivas, del crecimiento de la población, variará no sólo según la densidad de la población antes existente, sino también según las bases en las que se sostenga la economía del país.¹⁴

Expresa Gini que hay formas de producción a gastos crecientes las cuales, como consecuencia de un aumento de capital y de trabajo, perfeccionan la propia organización y llegan a ser más rediticias, y hay formas de producción a gastos crecientes, en las que se alcanza muy pronto un límite, más allá del cual toda ulterior aplicación de capital o de trabajo da rendimientos menores. El crecimiento de la población en un país que funda su propia economía sobre industrias a gastos decrecientes o a renta creciente, como las industrias manufactureras, será generalmente benéfico, porque provocando un aumento del nivel de vida a los consumidores sobre el mercado nacional, y facilitando el reclutamiento de la mano de obra, consentirá a las empresas existentes ulteriores desarrollos.

En cambio, en un país donde las principales formas de producción aumentan a gastos crecientes o a rentas decrecientes, el aumento de la población, obligando a elevar la cantidad de trabajo aplicada en la misma empresa provocará, por lo general, una disminución del provecho, aun cuando esté acompañada de un considerable aumento del capital.

Concluye Gini que los estados que presentan los más altos incrementos de población son precisamente aquellos que se van afirmando más vigorosamente al régimen industrial, y en los que hay una mayor tendencia a emigrar, en paridad de otras circunstancias, de las zonas agrícolas a las industriales. Al plantear el problema demográfico de un país como México, con base económica predominantemente agraria, no deben perderse de vista estas observaciones fundamentales.

Muchos estudios se han hecho para investigar la influencia del crecimiento de la población sobre la acumulación de la riqueza. Es

¹³ *Le Basi Scientifiche della Politica della Popolazione*, Catania, 1931, p. 53.

¹⁴ GINI, *ob. cit.*, p. 53.

frecuente la observación de que, permaneciendo inalterada o poco creciente la suma de los bienes a los que se aplica el trabajo, la renta o ingreso nacional deba crecer menos rápidamente que la población y, por lo tanto, la renta por cabeza disminuya, con una reducción del ahorro y un descenso del nivel de vida en relación a lo que se habría verificado si la población fuese estacionaria. A este razonamiento, en opinión de Gini, nada podría oponerse siempre que fuese cierto que el estímulo al ahorro permaneciera invariado, tanto en el caso de una población estacionaria, como en el caso de una población creciente.

Observa Gini que en una población creciente, no siendo suficiente el patrimonio familiar para que los hijos conserven el nivel de vida de los genitores, los hijos y los mismos genitores están mayormente impulsados al trabajo y al ahorro. Intensificándose así el esfuerzo productivo y la tendencia a la acumulación, y concurriendo también otras circunstancias favorables a que da lugar la creciente densidad, puede suceder que el aumento global del ingreso o renta resulte mayor de lo que habría sido en el caso de una población estacionaria. Para Francia y Alemania, este fenómeno está históricamente comprobado.

“En el pasado, cuando sus poblaciones estaban dotadas de un alto poder reproductivo y los tiempos eran propicios a la anexión de los países de civilización más atrasada y escasamente poblados, los anglosajones no reconocieron ciertamente a otros el derecho de poner obstáculos a su expansión y ocuparon las mejores tierras de ultramar y las localidades que podían constituir los más formidables puntos estratégicos del mundo, desde el punto de vista militar y económico. Hoy, cuando la tendencia reproductiva de las poblaciones anglosajonas está muy disminuída y aun parece que está a punto de detenerse, el rápido incremento de algunas poblaciones, europeas y asiáticas, tiene por efecto crear una creciente presión demográfica, a la que los anglosajones no quieren, o no pueden, ofrecer una salida en las vastas y despobladas regiones sometidas a su dominio. Por esto los anglosajones, amenazados en sus conquistas —primero demográficas y después políticas y económicas—, han lanzado nuevas teorías sobre la población, lógicamente muy bien construídas e iluminadas por los más bellos colores del ideal, pero tendientes, efectivamente, a conservar un *statu*

quo demográfico, condición indispensable para asegurarse las ventajas del *statu quo* político y económico.”¹⁵

El eminente profesor de la Universidad de Roma expone con claridad, en el párrafo anterior, cómo la presión demográfica constituye, en su opinión, un factor generador de conflictos entre las naciones. Estoy de acuerdo con una afirmación implícita en el párrafo citado: la presión demográfica es más que resultante de una mayor densidad demográfica, producto de un más fuerte y rápido incremento de la población. Por lo tanto, la presión demográfica podría estimarse, *grosso modo*, relacionando los datos de densidades demográficas específicas y del incremento absoluto y relativo de la población, con los de los recursos económicos disponibles en cada estado. Ya se han hecho cálculos, por lo demás casi inútiles, en la forma antes indicada. Considero que la afirmación de Gini, de que las potencias anglosajonas no querían, o no podían, dar salida en sus dominios a la presión demográfica de los países “insatisfechos”, debe precisarse rigurosamente con estas dos observaciones: 1ª. En el clima político-económico de los países capitalistas entre 1919 y 1939, era imposible que las potencias “satisfechas” dieran salida, lisa y llanamente, a los excedentes demográficos de los países “insatisfechos”. 2ª. La salida a los excedentes demográficos de los países “insatisfechos”, que las potencias “satisfechas” estaban dispuestas a dar, era una salida cuantitativamente limitada y sujeta a restricciones, condiciones y controles que no podían satisfacer las ambiciones de los países “insatisfechos”, que deseaban un nuevo reparto del mundo, no para colocar excedentes demográficos, sino por razones de prestigio y de poder. 3ª. Si los países “insatisfechos” ocuparan la posición favorable de los países “satisfechos”, seguirían la misma política que éstos frente a la presión demográfica de los, en ese caso, países “insatisfechos”.

Los principales problemas demográficos del mundo en la postguerra de 1919 a 1939, son los siguientes: la desnatalidad en los países del Occidente europeo; el desequilibrio demográfico, por la desnatalidad del Occidente europeo, entre los pueblos blancos y los no blancos; la sobrepoblación en algunas regiones de Europa, Asia y América Antillana; la subpoblación en la América Latina y en algunas regiones del Continente Oceánico; las necesidades de algunos pueblos

¹⁵ GINI, *Le basi scientifiche della politica della popolazione*, Catania, 1931, p. 25-

de dar salida, por la emigración, a sus excedentes demográficos, y las restricciones de los países de inmigración para recibir inmigrantes; el problema de las colonias, relacionado con el de las materias primas y el de los mercados; el diverso crecimiento de las clases sociales; las deficiencias cualitativas desde el punto de vista de las funciones de las diversas clases sociales, en varios países y las cuestiones referentes a los cruzamientos de razas desde el punto de vista de la formación de nuevas razas.

Una política demográfica que se inspire en los intereses de la humanidad, sólo puede ser realizada por órganos superestatales. Quizás el clima histórico de la próxima post-guerra permita cuando menos la iniciación de una organización con vistas a una estructuración supranacional, sin menoscabo de la soberanía de las naciones, entendida como debe serlo en la época del aeroplano y de los gigantescos progresos técnicos. Recuérdese que Albèrto Thomas, Director de la Oficina Internacional del Trabajo, hizo notar la conveniencia de estudiar un programa internacional que consienta regular, en interés de la humanidad y de la paz mundial, los movimientos migratorios para alcanzar una mejor distribución de la población sobre la tierra. Gini y otros economistas han hecho notar que si los hombres fueran absolutamente libres de moverse de un país a otro, a su gusto, atenderían a prestar su actividad intelectual y física en el lugar en el que, a su juicio, podría aplicarse con mayor beneficio individual. Desde el punto de vista liberista, éste sería el medio de alcanzar el máximo bienestar de la colectividad mundial. Esta idea estaba abandonada por completo en vísperas de la segunda guerra mundial. El libre movimiento de los hombres, motivado sólo por su interés individual, sin tener en cuenta los intereses de las generaciones futuras, que podrán estar en contraste con los de las generaciones actuales, tendría que ser limitado oportunamente por la autoridad superestatal, cuando a ésta se concediese el derecho de intervenir en interés de la colectividad mundial.

Considero convincentes las razones que da Gini para demostrar que los criterios para determinar la sobrepoblación (disminución del confort y de la renta media, desocupación permanente y emigración) son insuficientes y que el juicio sobre la existencia, o no, de la sobrepoblación, implica los mismos elementos necesarios al juicio sobre el

óptimum de la población y éstos, como se ha visto, en buena parte son eminentemente subjetivos.¹⁶

Según el profesor Imre Ferenczi,¹⁷ la antigua teoría económica hace una distinción puramente empírica entre sobrepoblación relativa y absoluta. La sobrepoblación relativa expresa un efectivo máximo de la población de un territorio determinado y que no puede ser sobrepasada en razón del capital y del grado de desarrollo de la técnica sin disminuir el bienestar general, es decir, la renta nacional, y no sólo los víveres. La sobrepoblación relativa expresaría un efectivo mínimo de la población abajo del cual no podría caer sin que la suficiente explotación de los recursos no entrañara una baja del bienestar general, y la subpoblación y la sobrepoblación absolutas expresarían un estado en que la existencia de los habitantes, así como la existencia de un número de niños suficiente para mantener el efectivo de la población, se encuentran amenazadas por una mortalidad o morbilidad excesivas, hambre, etc. Según la teoría denominada de óptimum económico, éste es el efectivo que permite obtener, por cabeza, la cuota media máxima de producto social, teniendo en cuenta los recursos, el grado de desarrollo de la técnica y de las ciencias, así como la organización del comercio mundial. Bajo la influencia de la evolución de la teoría del bienestar óptimum y de los progresos de la estadística, la noción de la medida esencial del óptimum social ha sido modificada y definida, según Ferenczi, de la manera siguiente:

1. Producto social por cabeza;
2. Renta real por cabeza, en el sentido del total de bienes de consumo;
3. Género de vida de las clases y de los grupos-tipos, especialmente de los trabajadores no calificados y de los campesinos pobres, tal como se establece por el análisis de los presupuestos familiares y por otros métodos, como los llamados del "límite de indigencia"; género de vida individual, método según standards técnicos modelos relativos a las necesidades primordiales.¹⁸

¹⁶ GINI, *ob. cit.*, p. 72.

¹⁷ FERENCZI, *L'Optimum Synthétique du Peuplement*, Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, Sociedad de Naciones, París, 1938, p. 112.

¹⁸ FERENCZI, *ob. cit.*, p. 113.

Por tres etapas ha pasado, según Ferenczi, el concepto de óptimum de población: *a)* Optimum social económico; *b)* Optimum social realista; y *c)* Optimum sintético.

El óptimum social económico es una noción hipotética, en opinión de Ferenczi, que indica la posición de la población de un territorio determinado a la cual corresponde el género de vida más elevado, más racional y más armonioso posible para las diversas clases sociales.

Considera el mismo autor la sobrepoblación mundial absoluta como un estado imaginario. Por otra parte, el óptimum social realista sería el efectivo de la población que, sobre un territorio determinado, aseguraría, según los datos obtenidos por una encuesta social científicamente realizada y por métodos que deberían ser fijados internacionalmente, el mejor género de vida posible, en la más grande seguridad posible, en favor de las masas populares. Finalmente, en el óptimum social sintético, integral o proporcionado, el bienestar debe constituir el elemento dominante de esta noción compuesta del óptimum de población, tomando en cuenta elementos correctivos y complementarios.

Desde el punto de vista cuantitativo, de la seguridad demográfica y biológica, Ferenczi cree que esta noción de óptimum sintético permite, a pesar de su carácter objetivo internacional, tener en cuenta, en cierta medida, factores imponderables que derivan de la psicología particular de los pueblos.

Ferenczi recomienda diferentes acuerdos internacionales para realizar una encuesta internacional comparativa sobre la situación demográfica en un cierto número de países-tipo, y realizar investigaciones sobre la población óptima, migración y colonias; movimientos naturales de la población, migración interior y exterior; contramigración, nivel de vida, distribución internacional de los capitales, comigración, industrialización y comercio mundial; situación de los trabajadores extranjeros en el mundo; políticas para el crecimiento (política familiar) y para el control cuantitativo y cualitativo de la población. Además de esto tienen que realizarse, para poder fijar los óptima sintéticos, estudios sobre los cambios demográficos, su interacción y las relaciones con los principales problemas sociales que interesan desde el punto de vista de los niveles de vida.

La teoría del óptimum de población tiene también un aspecto cualitativo; en este caso los estudios tendrían por objeto no sólo la

*determinación de la cantidad de población más deseable en cierto momento para un país determinado, sino también, según Gini, la determinación de las condiciones necesarias para que la población pueda dar el máximo rendimiento.*¹⁹

La investigación del óptimum cualitativo no tiene que ver nada con la tendencia a la generalización de un tipo ideal, de un biotipo, sociotipo, tipo económico o cultural, etc., ni debe relacionarse con las mejores características de que pueda estar dotado un individuo. Gini hace notar que una uniformidad notable de características entre la población de un país, no sería deseable, porque las diversas funciones sociales exigen individuos con diferentes caracteres. En una sociedad moderna se necesitan muchos tipos individuales con diferentes aptitudes. El óptimum cualitativo se considera alcanzado sólo cuando exista una justa proporción entre elementos de diversas aptitudes. Gini recuerda que varios autores tienen la impresión de que el rápido progreso de Alemania entre 1870 y 1914 dependió de varios factores, entre ellos del hecho de que la población alemana presentaba una diferenciación de calidad en un grado elevado (una clase elevada muy numerosa, inteligente, emprendedora, tenía en sus manos las riendas del país y daba órdenes y orientaciones a las grandes masas de las clases inferiores, laboriosas, no inclinadas a la crítica). En México, a pesar de su desnutrición secular y de su atraso cultural, las grandes masas rurales, así como los grupos humildes de la población de las ciudades, están formadas por individuos laboriosos, dóciles, con grandes habilidades mecánicas, fácilmente estimulables y adaptables, con complejos deprimentes que un trato adecuado puede fácilmente reducir, pero que presentan graves problemas respecto a su preparación técnica y moral para el trabajo y para una sana vida familiar. Los grupos directores son insuficientes y deficientes, la mayor parte de ellos; pero las transformaciones que están sufriendo estos grupos directores, cuyo número de individuos aumenta con la disminución de la mortalidad, y cuya preparación y orientación se fortalecen por los adelantos en la enseñanza y en las oportunidades de adquirir buenos conocimientos profesionales y de cultura general, pueden permitir prever un mejoramiento cualitativo de la estructura de la población mexicana desde el punto de vista de las proporciones numéricas y

¹⁹ GINI, *ob. cit.*, p. 77.

cualidades medias de los diversos grupos sociales, en relación con sus funciones económicas, políticas, etc.

El profesor Jerzy Smolenski, en su estudio titulado "El Incremento Natural de la Población y la Presión Demográfica", presentado al Congreso Internacional de la Población (París, 1937), dice que en muchos casos no es la densidad misma, sino la rapidez con que ésta aumenta, la causa de sobrepoblación, y que esta rapidez depende de la intensidad del incremento natural de la población; que no es la tasa del incremento expresada por mil, la interesante, sino la cifra del excedente anual de nacimientos por km². Esta tasa se denomina "coeficiente demográfico" y es una función de la tasa del incremento natural y de la densidad media de la población, según la simple fórmula:

$$C = \frac{d \cdot t^{0/00}}{1000}$$

Interpretando el coeficiente demográfico, el mismo autor dice que los territorios que tienen un coeficiente mayor de uno abarcan algunos condados de Gran Bretaña, una zona continental que principia en Bélgica, cubre Holanda y la parte occidental de Alemania, se extiende hasta la frontera suiza y pasa hacia la Silesia alemana, y se extiende sobre el territorio de Polonia, excepto en terrenos montañosos; hay otra zona en la Europa meridional, que abarca regiones de Portugal, España, Sicilia, casi toda Italia y parte de Grecia y Yugoslavia. El profesor Jerzy Smolenski da el siguiente cuadro correspondiente a 1935, de incremento natural por km² en los estados de Europa. Los datos relativos a las metrópolis de los estados coloniales están puestos entre paréntesis:

(Países Bajos	2.53)	Alemania	0.99
(Italia	1.29)	Grecia	0.85
Polonia	1.04	Yugoslavia	0.82
(Portugal	0.77)	Suiza	0.39
(Gran Bretaña	0.73)	Luxemburgo	0.30
(Bélgica	0.70)	Irlanda	0.24
Bulgaria	0.69	Letonia	0.10
		Finlandia	0.05

Rumania	0.61	Noruega	0.04
Dinamarca	0.61	Estonia	0.03
Hungría	0.53	Suecia	0.02
(España	0.48)	Islandia	0.01
Checoslovaquia	0.46	(Francia	0.03)
Lituania	0.44	Austria	0.03

El autor concluye, después de diversas observaciones sobre esos datos, que las potencias coloniales pueden tener en sus metrópolis grandes coeficientes demográficos sin estar sobrepobladas. En mi opinión los coeficientes que el autor citado ha calculado, son interesantes, pero insuficientes para medir la presión demográfica, que debe estar en relación con los recursos del territorio.

7. Conclusiones

Después de haber hecho diversas consideraciones sobre la situación demográfica de las potencias europeas beligerantes en la Guerra Mundial I, sobre las consecuencias demográficas de dicha guerra, y sobre las leyes demográficas de la guerra encontradas por los especialistas mediante el estudio del pasado conflicto, y después de haber señalado brevemente las condiciones demográficas en que se encontraban, al principio de la Guerra Mundial II, las principales potencias beligerantes europeas, procuramos seleccionar las más representativas opiniones de economistas y sociólogos que se ocupaban de problemas demográficos en los años que inmediatamente precedieron al conflicto actual, sobre los factores demográficos relacionados con la superpoblación, con las materias primas y las colonias, y que estaban ejerciendo influencia, combinándose con otros factores más importantes, en la gestación del presente conflicto.

Para estudiar la cuestión de la llamada presión demográfica como causa económica de la guerra, no sería suficiente comparar cifras de densidades generales, de densidad de población económicamente activa, de población ocupada en la agricultura respecto a la superficie cultivada y cultivable, y dar cifras relativas a la desocupación involuntaria, a la renta y a la riqueza nacionales, a los niveles de vida, etc. El análisis de esos materiales estadísticos nos conduciría necesariamente a resolver en primer lugar esta cuestión: ¿cuándo se puede decir

que un país está sobrepoblado y cuáles son los principales criterios sobre la población, esto es, sobre una excesiva densidad demográfica?

Casi todos los economistas y sociólogos que se han ocupado de estos problemas están de acuerdo en reconocer que los desequilibrios demográficos pueden crear perturbaciones serias en las relaciones internacionales y gérmenes de guerra. Por mi parte, considero los desequilibrios demográficos no como perturbaciones graves, sino como perturbaciones de segunda importancia en el conjunto de los factores que producen las guerras en esta época. Es obvio que en un mundo en que subsisten las fronteras nacionales y en el que han predominado vigorosas tendencias expansionistas y autárquicas, no exista ni puede existir una distribución conveniente, desde el punto de vista económico, de la población. Las diferencias entre la capacidad de producción del mundo, en el estado actual de la técnica, y la producción del mundo, y los obstáculos a la circulación de mercancías, de capitales y de trabajadores de unos países a otros, así como el reparto del mundo antes de esta guerra, no podían conducir sino a desequilibrios demográficos, que son interesantes, aun cuando no tienen importancia primaria, como factores que en el plano económico, pero sobre todo en los planos político y psicológico, producen gérmenes de guerra. [La llamada presión demográfica es una resultante necesaria de factores históricos y culturales, y de la naturaleza de la economía capitalista.] Esta conduce a la guerra como conduce a la presión demográfica. La presión demográfica actúa, sumándose en forma combinada a otros factores, sobre las causas productoras de la guerra, pero no actúa en forma de asfixia real y necesidad de dar salida a los excedentes demográficos, sino que su acción cristaliza en psicosis colectivas de orgullo nacional, de voluntad de poder, de dominación y expansión. Más aún, la propaganda que realizan los Estados que preparan sus agresiones guerreras, directas o indirectas, aprovechando algunas situaciones reales de sobrepoblación relativa en ciertas regiones del occidente europeo y del extremo oriente, hacen de la presión demográfica un fantasma que, por sus formas simplistas, llega hasta las últimas capas del pueblo y produce vagos sentimientos de angustia y despierta ambiciones expansivas, llenas de orgullo y de rencor. No considero la presión demográfica peligrosa por sí misma, sino por la psicosis que produce, o que se produce sin motivo real o por algunos hechos aislados de sobrepoblación relativa. Casi todos los autores

hablan de sobrepoblación relativa refiriéndose a los recursos del territorio, al nivel técnico medio de la población, etc. Yo considero que ésta es una clase de sobrepoblación relativa, pero que hay otra clase de sobrepoblación que es sólo el sentimiento de un pueblo que se cree nuevo o prolífico, o que lo es, y al que se le ponen obstáculos o él mismo los pone para la circulación de sus hombres y de sus productos, y que cree que conscientemente se le está orillando a la guerra. Hay otra sobrepoblación relativa, que es la más importante en mi opinión, y es la sobrepoblación en función de la naturaleza de la economía capitalista. La primera clase de sobrepoblación puede ser objeto de estudios económicos y demográficos regionales, nacionales e internacionales, en tanto que la segunda clase de sobrepoblación, que anima los sentimientos expansionistas, proviene de un complejo psíquico colectivo, se podría decir, de sobrepoblación, debido a un rápido aumento numérico, por lo general sobrevalorizado, más que de una verdadera sobrepoblación. Tiene razón Carr-Saunders cuando dice que una nación realmente sobrepoblada no está de ningún modo en estado de hacer la guerra, y que este peligro, por ser psicológico, no es menos real. La tercera clase de sobrepoblación está en función de los parámetros históricos de la actual economía capitalista. Un movimiento como el que se opera en los vasos comunicantes no puede realizarse pacíficamente; el desnivel del líquido es pequeño, pero se exagera: la presión demográfica no es por sí misma una fuerza importante, sino una idea-fuerza que llega a ser importante por las fuerzas extrañas que la impelen, y esas fuerzas gigantescas, frente a la pequeñez del desnivel y la poca masa relativa del líquido, se producen naturalmente y se reproducen en el clima histórico de la época. No niego la importancia relativa que tienen y el interés que despiertan las dos primeras clases de sobrepoblación, pero sólo puede entenderse su significado si se tiene también a la vista la tercera clase de sobrepoblación. Coincide fundamentalmente con mi punto de vista sobre la segunda clase de sobrepoblación un especialista suizo, el Dr. Burky, que dice: "Sobrepoblación es, en último análisis, el sentimiento de una clase, de la clase instruída y dirigente, de algunos de los países de gran densidad." Yo diría que sobrepoblación es, en último análisis, el sentimiento de dos clases: la que concentra la mayor riqueza en su corto número y la clase instruída y dirigente, de algunos países de densidad grande o no, o de altas densidades en algunas de sus regio-

nes que, como consecuencia de su desarrollo económico, están dotados de poderosas fuerzas expansivas. Esto no obsta para reconocer en algunos casos la existencia de una real sobrepoblación relativa, por las dificultades para explotar nuevos recursos y para mejorar la producción y la distribución de los bienes. Pero esta sobrepoblación real no tiene una importancia que por sí misma constituya en esta época un germen de guerra, si no cristaliza en un sentimiento artificialmente agrandado, y si no se combina con los factores primarios económicos y sociales que directamente conducen a la guerra.

Considero que puede haber sobrepoblación relativa en una situación de reajuste de postguerra, en una situación de bancarrota en un país vencido, en una crisis económica, en un período de depresión y reacomodamiento después de una guerra civil, etc., como puede haber una sobrepoblación bélica en un estado de guerra, en una fase de efervescencia económica, etc. Un oficial del Estado Mayor de un país que se está preparando para la guerra, frente a la sobrepoblación relativa, podría decir: Estamos abajo del óptimum. Sí, abajo del óptimum deseable en ese momento por causa de la preparación de la guerra. En el caso de un país vencido que carece de recursos para su reconstrucción, un funcionario del Ministerio de Economía podría decir: Estamos sobrepoblados, estamos por encima del óptimum. Sí, esa población estará arriba del óptimum deseable en ese momento y por las condiciones existentes; pero si ese país recibiera amplia ayuda financiera para su reconstrucción, es muy probable que la situación se invirtiera y, en todo caso, se reduciría o desaparecería la sobrepoblación relativa. *Optima meteoros.*

¶ Para mí, en materia de política demográfica, que es tanto como decir en términos de política económica, los conceptos de sobrepoblación y subpoblación son necesariamente relativos a la tierra, a los capitales, al grado de la técnica, etc. Si digo "sobrepoblación relativa" es sólo por claridad. Si es importante estudiar la sobrepoblación y la subpoblación, y medirlas, por ahora sólo es posible hacerlo toscamente; considero que es más importante estudiar, lo que puede hacerse con profundidad por el demógrafo, que, al fin y al cabo, es sólo un economista, la sobrepoblación y la subpoblación como manifestaciones estructurales y funcionales de la situación económica. Considero también que la semiología demográfica es sólo un capítulo de

la semiología económica, y en estos estudios se han dado apenas los pasos iniciales.]

¿En qué razones fundo la opinión anterior?

1^a En que ciertos casos de sobrepoblación real en algunas regiones de Europa occidental y central, antes de la guerra actual, se podrían haber resuelto por medio de colonización interior y de industrialización, si esos países hubieran tenido sinceramente el propósito de resolverlos y si al mismo tiempo hubieran encontrado ayuda de parte de los países "satisfechos".

2^a En que los países de cultura de tipo occidental, que tenían, o que creían tener, excedentes de población y, por lo tanto, que en su interior tenían, o creían tener, una presión demográfica en la que pretendían fundar sus ambiciones y actos de expansión territorial, no aplicaron, ni trataron de aplicar sinceramente, una política económica de colonización con sus nacionales, para descargar sus excedentes, reales o supuestos, de población. (Alemania antes de la Guerra Mundial I, Italia y Japón.)

3^a En que, por una parte, la capacidad de producción, por los progresos técnicos, ha venido creciendo considerablemente y, por otra parte, no es razonable esperar que se detenga el fuerte descenso de la natalidad de los países de civilización de tipo occidental mientras subsistan los parámetros históricos de esta época.

Mis conclusiones son:

1. Si no hay realmente en un país una sobrepoblación relativa, el sentimiento de sobrepoblación podrá ser un factor de orden psicológico, más o menos importante, pero no un factor demográfico.
2. Si hay efectivamente en un país una sobrepoblación relativa, cristalizada o no en sentimientos de cualquier intensidad, esa sobrepoblación relativa podría ser un factor coadyuvante, de escasa significación en la producción de la guerra, si el país relativamente sobrepoblado es de civilización de tipo occidental y, por esto, se halla más o menos próximo a una situación estacionaria de su población, por el descenso de la natalidad no compensado por una reducción proporcional, o más que proporcional, de la mortalidad.
3. En países que tengan una organización económica fundamen-

tal, como la que prevalecía en el Occidente europeo en agosto de 1939, los pequeños problemas de sobrepoblación relativa, que no alcancen importancia nacional, pueden tener solución superando, lo que sería difícil, los obstáculos creados naturalmente por esa organización, y los problemas de sobrepoblación relativa que afecten a todo el país o a su mayor parte, no tendrán solución. Las potencias del Occidente europeo y el Japón no tenían en 1939 problemas de sobrepoblación relativa de esta última clase.

4. Si después de esta guerra subsisten organizaciones económicas que en lo fundamental sean como las que prevalecían en el Occidente europeo en agosto de 1939, deberían aplicarse, en la mayor escala internacional que fuese posible, medidas que alivien los desequilibrios demográficos de sobrepoblación relativa, que no podrán ser suprimidos.
5. En el caso de que subsistan, después de esta guerra, organizaciones económicas fundamentalmente análogas a las que prevalecían en el Occidente europeo en agosto de 1939, será necesario que se constituya un organismo internacional para el estudio de los problemas demográficos y para orientar la política de población y formular planes y programas. Los planes y programas deberán tener en cuenta, en su conjunto, los problemas de redistribución de la población en el planeta, las características especiales de las varias regiones continentales y la escasez de los países nuevos, con poca población, de recursos financieros para la colonización. Un banco internacional u otros órganos para financiar las migraciones colonizadoras, deberá establecerse en la post-guerra.
6. Esas medidas (puntos 4 y 5) de política económica, de mayor o menor alcance internacional, para mejorar en lo posible la distribución de la población en el mundo, podrán beneficiar a los países llamados de América Latina, acelerando su desarrollo económico y cultural y asegurando en lo posible su continuidad histórica. Esta excelente oportunidad de potenciamiento demográfico no debe ser desaprovechada.

7. Esas medidas (puntos 4 y 5) podrán reducir un poco el ritmo de marcha de la decadencia demográfica de los Estados Unidos, Canadá y Australia, y quizás el de algunos países de la Europa occidental.
8. El vigoroso desarrollo demográfico de la U. R. S. S. antes de esta guerra, y que es razonable prever que continuará después de la contienda, será un factor cada vez más importante en la economía y en la política del mundo. El peso demográfico de China y de la India sólo podría ser importante en el conjunto mundial si se realizaran progresos o transformaciones importantes o básicos en la organización económica y social de esos países. En la medida en que descienda la mortalidad en la India, si conserva, como es muy probable, su alta natalidad, se presentará una sobrepoblación relativa, creciente en proporciones imponentes.
9. En relación con el punto 5, los países de la América Latina estarán en posibilidad de recibir grandes cantidades de inmigrantes, con las únicas limitaciones de su capacidad económica propia y de los recursos que obtengan de los órganos financieros internacionales creados al efecto. Es de recomendarse una política de puerta entreabierta, con selección de los inmigrantes desde los puntos de vista sanitario, eugenésico, de afinidad racial y cultural, así como de ocupaciones económicamente convenientes. La capacidad de colonización en los países de la América Latina dependerá en gran parte de la ayuda financiera que reciban de los países más ricos y desarrollados. Los complejos de inferioridad, que necesariamente se formarán en algunos pueblos de altas cualidades y glorioso pasado, como el italiano, por la derrota en la guerra, harán más fácil la asimilación orgánica de los inmigrantes en los países nuevos. La gran diferencia que existe entre la población de los Estados Unidos y la de México, por ejemplo, aun en el caso de que la población de este país se duplicara en veinticinco años, constituye una seguridad para los Estados Unidos de que, sin ningún peligro, pue-

de cooperar sinceramente al potenciamiento demográfico y económico de México, y esta guerra ha demostrado a los Estados Unidos que le convienen, para su seguridad, y aun para el desarrollo de algunos aspectos de su economía, países más poblados, más adelantados y ricos al sur del Río Bravo.

10. La presente guerra agravará, sin duda, el desequilibrio demográfico que hay entre las razas blancas y las razas de color, y posiblemente entre las razas blancas del occidente europeo y el conjunto de pueblos que forman la U. R. S. S., a pesar del alto costo en vidas que esta guerra tendrá para la Unión Soviética.
11. Los grandes éxodos y trasplantes de población, la movilización de grandes masas de trabajadores y de ejércitos, etc., producirán, en un grado que no se puede actualmente indicar, cruzamientos entre personas de diferentes razas, y esto podrá tener importancia demográfica en el futuro, porque los pueblos nuevos han sido el resultado de cruzamientos, y éstos ejercen, en muchos casos, una influencia saludable sobre poblaciones en decadencia inicial, o estacionarias.
12. Si la nueva organización económica y política del mundo es fundamentalmente semejante a la de 1939, la decadencia demográfica de Inglaterra, y sobre todo la de Francia, constituirán factores de desequilibrio económico y político en lo relativo a la conservación de sus imperios coloniales.
13. Los efectos antiselectivos y las consecuencias demográficas de esta guerra serán mucho más graves, extensos y duraderos (varias generaciones) que los de la guerra anterior.
14. Las leyes (estadísticas) demográficas de la guerra, obtenidas por la investigación de los fenómenos demográficos en la guerra y la postguerra anteriores, serán fundamentalmente aplicables a esta segunda guerra mundial y a la respectiva postguerra.

